



# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

## UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONTINUACION).

XVI.

LAS REDES.

No bien hubieron salido el príncipe y el doctor, seguidos del señor Martin que fué á alumbrar, desapareció Malvina; sentóse Blanca á la cabecera de Ofelia y María quedó sola con el marqués de la Oliva.

Durante algun tiempo reinó en la estancia el silencio mas profundo. María, confusa y ruborizada, no se atrevía á levantar los ojos sintiendo, por decirlo así, la cínica mirada del Marqués.

Este, que tenia sobrado conocimiento del mundo y del corazon de la mujer, para que pudiese olvidar durante largo rato lo embarazoso de semejante posicion, rompió al fin el silencio diciendo á la jóven:

—Señorita, la presencia de personas estrañas y el desgraciado accidente de vuestra hermana me han impedido hablaros antes del asunto que me conduce á vuestra casa.

El Marqués guardó de nuevo silencio, esperando una contestacion, ó quizá reflexionando si debia nombrar al Príncipe, á quien desde que subieron la escalera, habia reconocido: ambos se habian medido con una mirada igualmente terrible; mas la del Príncipe estaba respirando desprecio hácia el marqués, al mismo tiempo que la de este revelaba el odio mas profundo y concentrado.

Resolvióse, por último, á no nombrarle y viendo que María continuaba en su silencio añadió:

—Mi amiga, la señora duquesa de Rio-Claro, quien por una grave indisposicion no ha podido venir personalmente á veros, me ha dado una carta para vos.

FEBRERO.

—Una carta para mí! repitió sorprendida María de la Gloria: si yo no conozco á esa señora!..

—Lo creo, señorita; pero ella os conoce, como podeis ver por la carta de que os he hablado.

Cárlos, al decir estas palabras, presentó en efecto á la jóven una carta de papel rosado, perfumada y en cuyo sobre se leía con una letra clara y menuda:

“A la señorita María de la Gloria Valdés.”

María rompió el sello, que lo formaba una corona ducal, impresa en lacre blanco, y leyó el billete, concebido en estos términos:

“La duquesa de Rio-Claro participa á la señorita María de la Gloria Valdés que teniendo noticia de su rara habilidad para la música, desearia diese lecciones de piano á su hija Nélida de edad de siete años.”

“La duquesa espera mañana á las cuatro de la tarde en su palacio á la señorita María para que fije por sí misma sus honorarios y la hora de dar las lecciones.”

María guardó este billete y una viva alegría iluminó su semblante encantador.

¡Podria ganar algun dinero para que sus hermanas no trabajasen tanto!

Este pensamiento no le dejó ver el estilo humillante de la carta; no advirtió que en ella la duquesa no llamaba á su hija *señorita*, sin duda por no igualarla con ella.

Su inocencia no le hizo tampoco estraño el singular medio de que se habia valido la duquesa para enviarle su carta; mas el marqués, que era sagaz hasta un punto increíble, se apresuró á decir:

—La duquesa, señorita, podia haberos enviado esta carta por uno de sus criados; mas le han hablado tan favorablemente de vuestro carácter y costumbres y del de vuestras hermanas, que me ha rogado que me encargase de este asunto por deferencia hácia vos y vuestra familia.

—¿Quién ha podido hablarle de nosotras? preguntó cándidamente María.

—Lo ignoro, señorita.

—Nadie nos conoce y vivimos absolutamente retiradas.

—Quizá sois mas conocidas de lo que os imagináis; repuso el marqués con una maligna sonrisa: quien os ha visto una sola vez no puede olvidaros,



pues sois tres bellezas de un género tan perfecto como diferente; pero añadió el marqués, no quiero ofender vuestros oídos con galanterías que quizá os disgustará escuchar, atendido el estado de la señorita vuestra hermana; decidme únicamente si podré asegurar á la señora duquesa que os verá mañana.

—Si, caballero, contestó María; podeis asegurarle que mañana á las cuatro tendré el honor de verla.

La joven á pesar de su inocencia, de su preocupación y de su absoluta ignorancia del mundo y de sus costumbres, hizo al decir estas palabras, una señal de cabeza al marqués, que dió á entender á este con bastante claridad se habia concluido su entrevista.

El marqués, admirado de la nobleza y dignidad de aquel movimiento, permaneció inmóvil contemplando á Gloria: mas esta creyendo que no le habia comprendido, le dijo con dulzura:

—Perdonad, caballero, que no pueda consagraros más tiempo, pues tengo que cuidar á mi hermana.

Vivamente herido en su orgullo el marqués, saludó y se retiró: aquella pobre joven era la primera mujer que no le habia rendido un digno homenaje, ó al menos significádole una inmodesta preferencia.

Al llegar al patio oyó llamar y tuvo que esperar un instante á que Malvina bajase á abrir, pues el señor Martin se hallaba ya acostado.

La pobre niña, aturdida con los sucesos de aquella noche, bajó presurosa y abrió la puerta.

Una vieja, antítesis de la apacible y honrada señora Antonia, asomó desde la calle su sombría cabeza.

Era alta, seca y venia vestida de negro y cubierta con una gran mantilla.

El marqués, para quien no podia ser indiferente nada de cuanto pasase en aquella casa, salió á la calle y cubriéndose el rostro con el embozo de su capa, se puso en acecho á la parte de afuera.

—Vive aquí una joven que se llama Blanca Valdés? preguntó la vieja á Malvina.

—Sí, señora; contestó tímidamente la niña.

—Quiero verla.

—Subid.

—La puerta se cerró, quedando dentro las dos mujeres y el marqués de la Oliva no pudo oír mas.

No obstante permaneció allí como una figura de piedra adherida á la pared.

Seguiremos á Malvina y á su acompañante, y luego volveremos á encontrar al marqués.

La anciana entró en la estancia donde se hallaban las tres hermanas, Blanca y María muy afligidas por el estado de Ofelia y por la desaparición del médico, que nada habia ordenado para remediarlo.

Blanca, recostada en el sofá, lloraba desconsoladamente, mientras María procuraba calmarla: la recién llegada se aproximó á la joven sin vacilar entre ella y su hermana y la dijo:

—Vengo, señorita, á pedir un favor.

—Un favor.... á mí? dijo Blanca levantando su

bello rostro bañado en lágrimas y mirando sorprendida á su interlocutora.

—Si me lo negáis, señorita, me haríais mucho daño, prosiguió aquella mujer clavando en Blanca una mirada que la hubiera amedrentado si hubiera podido comprender su espresion.

—Qué quereis de mi hermana? preguntó María de la Gloria con bondad; hablad, buena mujer, nosotros somos tambien muy desgraciadas y deseamos consolar al que sufre.

—Oh! bien se conoce que sois muy buenas, mis queridas señoritas! dijo aquella mujer echando en derredor suyo estrañas miradas; pero voy á deciros el objeto de mi venida, porque he dejado sola á mi hija.

—Teneis una hija? preguntó Blanca, cuyo carácter tierno se interesaba por todas las jóvenes.

—Y muy hermosa, señorita: ella es la que me envia aquí. Madre, me dijo esta tarde al volver yo á casa: he visto en un balcon de la calle de San Bernardino la mas linda joven que os podeis imaginar: justamente el modelo que yo necesitaria para pintar la Virgen que me han encargado las Comendadoras de Santiago.

—Es pintora vuestra hija?

—Sí, señorita, pintora de gran talento á pesar de su juventud; pero que todavía no ha podido adquirir nombre por nuestra misera posicion: de ese cuadro de la Anunciacion, que la han encargado las Comendadoras, depende nuestro porvenir: con él pagaremos muchas deudas que hemos contraído por una enfermedad que yo he padecido, y Paulina podrá entregarse al trabajo con mas tranquilidad.

—¿Y qué es lo que desea de mí vuestra hija? preguntó Blanca.

—Yo os diré: toda la tarde anduvo triste, y cerca del anocheecer me dijo:

—"Madre, si fuérais tan buena que quisiérais ir á la calle de San Bernardino!"

—Para qué? le pregunté yo admirada.

—"Para rogar á esa hermosa joven que se digne venir durante dos horas á mi taller ó que me permita ir á su casa, á fin de que su belleza me sirva de modelo para mi Virgen. Oh! en ese caso sí que saldria divina!"

—Decidle, pues, que puede venir cuando quiera; dijo María dirigiéndose á la alcoba en la cual daba Ofelia penetrantes gemidos.

—Sí, añadió Blanca; decid á vuestra hija que será dichosa si puedo contribuir al buen éxito de su obra; y perdonad, señora, que el estado de mi hermana me obligue á dejaros.

—Es que, señorita, observó aquella mujer con vacilacion, á mi hija no se le ha alcanzado la dificultad de pintar fuera de su taller; pero yo juzgo imposible que pueda hacerlo, allí tiene sus paletas, sus pinceles, sus caballetes, todo cuanto necesita; en fin, al paso que aquí carece de todo; quizá hasta de la luz conveniente....

—Pues bien, yo iré; dijo Blanca llevada de la irreflexion y viveza de su carácter, de la generosidad y blandura de su bella índole, y sobre todo de



su deseo de desembarazarse de aquella mujer importuna.

Los ojos de la vieja brillaron como dos ascuas; levantóse apresurada, como si temiese que la joven se retractase de su promesa y dijo:

—Ya que sois tan buena, señorita, yo vendré á buscaros mañana á las once de la mañana.

Blanca hizo un signo de asentimiento y desapareció detrás de las cortinas de la alcoba de Ofelia, cuyos quejidos se hacian mas dolorosos á cada instante.....

Cuando la vieja salió á la calle una sombra se destacó de la pared, tomó cuerpo y dejó ver la figura arrogante de un hombre envuelto en una capa.

La luz del único farol que se veia en la calle, alumbró sus facciones y dió á conocer al conde D....

Otra sombra se destacó de la pared de la casita.

Era el marqués de la Oliva que se puso en acecho de lo que hablaban el conde y la vieja.

—¿Qué hay? preguntó el esposo de Clotilde.

—Írá; contestó la mujer con aire triunfante.

—Sola?

—Conmigo: he quedado en que vendré á buscarla mañana á las once.

—Estás segura de la prudencia de Paulina?

—No he de estarlo si depende de mí?

Una sonrisa burlona pasó por los labios del conde: luego sacó por debajo de la capa su mano derecha y dijo alargándola á la vieja:

—Toma.

Dejóse oír un ruido metálico: la vieja se volvió hácia la luz del farol, contó y dijo con ira:

—Es poco.

El conde dió dos pasos para irse, mas la vieja le detuvo por la capa.

—¿Cómo es eso? exclamó con voz estridente: hace mes y medio que vais loco por esa niña sin lograr ni aun verla, y cuando yo....

—Suelta, bruja! dijo el conde arrancando su capa de manos de aquella Megera, y déjame en paz si quieres que sea mas liberal mañana.

Esto diciendo echó á andar apresuradamente y la vieja tomó por el lado opuesto maldiciendo entre dientes.

De súbito se vió atajada por una persona que la cerró el paso.

—Hola, vestiglo! dijo la armoniosa voz del marqués de la Oliva; qué te trae por acá?

—El encargo de cazar á una de las palomas de ese nido; contestó la vieja señalando á la casita de las jóvenes.

—¿A cual de ellas? preguntó con voz sorda el marqués, asiendo con fuerza el brazo de la vieja.

—A la mas niña, contestó ella con una risa cínica que dejó ver sus encías enteramente despobladas de dientes.

—Es que, observó el marqués, si contribuyes en lo mas mínimo á la perdicion de la joven rubia, te mato.

Tembló la vieja pues conocia que el marqués era muy capaz de cumplir su amenaza; pero, recobrándose al instante, respondió con descaro.

—¿De qué perdicion hablais? ¿Quién puede

perderlas mas de lo que ya lo ha hecho vuestra lengua? Hace un mes nadie sabia que esas muchachas vivian en el mundo y desde que hablais de ellas en el casino, en el teatro y en....

—Yo tengo mis razones para obrar así, dijo secamente el marqués; mas si olvidas lo que acabó de advertirte, sabe que en ello te va la vida.

El marqués pronunció estas palabras á modo de despedida y en seguida tomó la misma direccion que el conde.

La vieja se perdió por una callejuela oscura haciéndose cruces.

Al final de la calle en que habia entrado el marqués vió este al conde recostado en la esquina y hablando consigo á media voz, como si fuera presa de la agitacion mas vehemente.

El marqués pasó junto á él sin ser visto y se detuvo en la otra esquina para escuchar su monólogo.

—Sí! decia el conde: Clotilde, todo lo intentaré por olvidarte! Hasta hoy tu amor ha imperado en mi corazon y tu imagen, profundamente grabada en él, me hacia creer que necesitaba arrancarle del pecho!... Ahora quiero buscar el último de los remedios... mi alma abrasada no se alivia en las orgías, ni en el juego; por eso he buscado una alma joven, casi infantil, con la esperanza de que sus frescas emociones despierten las mias!... ¡Oh, cuánto tardará á lucir para mí el dia de mañana!

El marqués no quiso oír mas y se fué en busca de su lecho, porque hacia tres noches que no dormia, ocupado en rondar el palacio del conde, para ver si podia columbrar la sombra de Clotilde á través de las colgaduras de seda y oro de sus balcones.

A tanto habia llegado la pasion del libertino, exaltada sin cesar por el desvío de la Condesa.

## XVII.

### LA AUTORA Á SUS LECTORES.

Preciso es, lectores míos, que retrocedamos algunos dias para que podais comprender mejor los diversos acontecimientos de esta historia.

Desde la noche en que, por una terrible obcecacion de su orgullo, rompió el esposo de Clotilde todos los lazos que le unian á ella, esta desgraciada joven permanecia sumergida en un profundo abatimiento, y entregada únicamente al cuidado de sus hijos.

—¿Qué he hecho yo? se decia. ¿No le he sido fiel desde que le pertenezco? Hay en la corte nombre mas puro que el mio? ¿He dado un solo disgusto á ese hombre cruel que hoy me abandona y reniega de sus hijos? ¿Cuál es mi culpa?

Mas al hacerse esta última pregunta, cubríase su frente de intensa palidez y temblaban sus labios: era que en el fondo de su alma se alzaba la imagen de Fernando de Silva y aquella imagen le decia sonriendo con ternura:

—Tú me has amado siempre! Ni un solo dia has dejado de consagrarme un recuerdo, ni una sola noche una lágrima!

Al oír aquella voz, que partia de su conciencia,



la infeliz jóven se cubría el rostro con las manos ó iba á echarse de rodillas entre las cunas de sus hijos para librarse de sí misma.

Durante muchos dias sostuvo valerosamente estos combates de su corazon refujiándose en el cariño que profesaba á sus hijos y en la oracion, ese puerto único en las tempestades de la vida; mas llegó un instante en que Satanás alzó en su alma un pensamiento homicida, hijo del despecho que le producía el abandono en que la dejaba su marido.

Este pensamiento empezó á acosarla el primer día que salió de su casa para ir á la iglesia.

Apoyado en una columna, inmóvil y pálido estaba Fernando de Silva.

El corazon de Clotilde dió un vuelco y esta le preguntó si se hubiera atrevido Fernando á ponerse á su paso yendo ella acompañada de su esposo.

Su corazon le respondió que no; aunque es probable que Silva hubiera hecho lo mismo.

Desde aquel día le vió en todas partes: si abría un balcon, le veía inmóvil en la acera de enfrente: si iba á misa, le encontraba apoyado en una columna de la iglesia; si iba al teatro, Fernando ocupaba un palco próximo: y la primera noche que la condesa abrió su salon á sus amigos de mas confianza, segun acostumbraba á hacerlo una vez por semana desde que se casó, la segunda persona que entró en él, fué Fernando de Silva.

Poco despues entró el conde: dió [la mano á todas las personas á quienes verdaderamente estimaba y la dió tambien á Fernando: luego se sentó á jugar á una mesa de tresillo: la condesa mandó servir el té, costumbre que el conde habia adquirido en Inglaterra y que hacia seguir en su casa para dar mas amenidad y confianza á su pequeña reunion.

El servicio del té ocasionó algun movimiento: formáronse grupos y conversaciones particulares y Fernando se halló al lado de la condesa naturalmente y sin que nadie sospechase nada.

Esta tembló; y Silva, que sentia por ella, no ya amor, si no una especie de deseo feroz de venganza, empezó á pintarle todo lo que habia sufrido durante aquellos tres años que habian estado separados, alegando como un sacrificio su voluntaria renuncia á su amor.

Clotilde tuvo que levantarse, desvanecida y con la cabeza hecha un bolcan del lado de Silva: éste habia recobrado todo el imperio que antes ejercia sobre el alma de la infeliz jóven: su voz vibraba en los oidos de Clotilde como los ecos del primer amor, y comparando la conducta del conde con la pasion que le pintaba Fernando, volvió á preguntarse si no merecia disculpa que se abandonase á un cariño, contra el cual ningun apoyo le prestaba su marido.

Un pensamiento salvador vino á arrancarla del lado de aquel hombre peligroso: Fernando de Silva era casado, y ella lo sabia, pues cuando este se enlazó con su esposa, hija de uno de los mas ricos propietarios de su provincia, se lo escribió Agueda, su nodriza.

Clotilde evitó en cuanto pudo desde aquella no-

che la presencia de Fernando; mas éste buscaba la suya con tanto ahinco como ella ponía en huirle.

La desgraciada jóven se consumía en medio de esta lucha terrible: la mujer que toda su vida es buena sin combates no es la mas meritoria á los ojos de Dios: la que cruza la senda de la vida con las megillas constantemente rosadas, con la frente siempre serena, con los labios perpétuamente sonrientes, debe abrigar un corazon helado y haber nacido sin pasiones.

No son por cierto esas mujeres las que llevan rodeada su frente con la hermosa y fulgente corona de la virtud; no hay gloria sin combates, ni hay palma sin vencimiento.

Este era el estado del alma de Clotilde cerca de dos meses despues de empezarse esta historia; es decir, al mismo tiempo que ocurrian en casa de las huérfanas los acontecimientos que acabo de referir.

Separémonos de ella, lectores míos, y echemos otra ojeada al marqués de la Oliva, que alcance á la noche en que fué herido por Cellemare, y en que el conde le salvó la vida llevado del deseo de una venganza mayor.

Conducido á su casa fué curado por su médico, que estrajo la bala con una rara habilidad, declarando que la herida no era mortal.

Cárlos se dejó cuidar dócilmente porque anhelaba la salud, y tenia bastante fuerza de voluntad para sufrir con paciencia un régimen severo y bienhechor.

Por eso, veinte y seis dias despues de su desafío con el príncipe, pudo salir en carruaje é investigar por sí mismo dos cosas que ansiaba saber.

Era la una conocer la posicion en que habia quedado la condesa con su marido despues de la tormenta que debia haber provocado en su matrimonio la aparicion de Silva, seguida de su anónimo; mas esto no pudo lograrlo porque—en la aparicion al menos—Clotilde seguía viviendo con su esposo en la mas completa armonía.

El otro deseo, que le atormentaba, era el de saber algo acerca de la encantadora jóven que habia visto hablando dos meses antes con la vendedora de ramilletes: á fuerza de inquirir logró averiguar que vivía con dos hermanas mas, y que eran huérfanas y muy pobres.

Un día vió entrar en la casita de las jóvenes á Rosa con un gran ramo de flores en la mano, y salir sin él al cabo de algun tiempo: el marqués recordó al instante lo ocurrido entre la ramillera y la jóven y no dudó de que las flores eran para esta.

Infatigable, se informó del modo de vivir de Rosa: supo que era muy honrada, que se mantenía y mantenía á su anciana madre con el producto de sus flores, y que tenia relaciones amorosas con un jóven oficial de carpintero, llamado el Curro.

El marqués buscó al Curro: le encargó varias obras para su casa, pagándolas doble de lo que valían y se mostró muy aficionado á él hasta el punto de ofrecerle para dentro de algun tiempo la suma que necesitaba para establecerse y casarse con Rosa.

El Curro era de genio violento; pero hombre de



bien, agradecido, y estaba dotado de una increíble candidez de sentimientos: así, pues, no sabía cómo pagar al marqués lo que este hacía por él.

Cuando Carlos estuvo seguro de su gratitud, le confió su pasión por una hermosa joven desconocida y al parecer pobre, que vivía en la calle de San Bernardino, núm. 3. Antonio, el Curro, se felicitó de poderle dar las noticias que deseaba y le dijo que su novia llevaba todas las semanas un ramillete á dicha joven.

Por Antonio, pues, supo el marqués cuanto necesitaba saber; y pocos días después esperó á Rosa cuando salía de dejar su ramo y le habló dándole á conocer como el marqués de la Oliva, del cual tenía noticias por su novio.

El marqués supo aquel día que María de la Gloria era una excelente profesora de música, y al instante meditó un plan de ataque.

Pensó desde luego para llevarle á cabo en la bella duquesa de Rio-Claro, á quien ya conocen mis lectores por haberla visto con Clotilde en su palco de la ópera: la duquesa, viuda cinco años hacía, sentía una verdadera pasión por el marqués de la Oliva, quien había pensado en casarse con ella por sus muchas riquezas.

La duquesa tenía una preciosa niña de siete años: solo rodeando á esta criatura de cuidado y de cariño había conseguido el marqués hacerse dueño del corazón de su madre.

El día mismo en que supo que María de la Gloria poseía la música con tanta perfección, resolvió hacer un instrumento para sus fines de la inocente niña, hija de la mujer á quien había jurado un eterno cariño.

Desesperado de poder entrar por ningún medio en casa de las huérfanas, pues sabía por Rosa y su prometido que nadie las visitaba y que jamás salían, hizo comprender á la duquesa que su hija Nélica debía ya empezar el estudio de la música y le habló de una joven que podía servirle de excelente maestra, encareciéndole las ventajas de que se encargase de su enseñanza una persona de su sexo.

La duquesa cayó en el lazo y Carlos fué bastante sagaz para conseguir de ella el billete que le hemos visto presentar á María y que le sirvió de pretexto para introducirse en su casa.

Retiróse lleno de contento: su obra estaba acabada, porque desde el día en que había visto entrar á la joven en aquella casita de tan pobre y mezquina apariencia, juzgó, llevado por la bajeza de sus sentimientos, que era de conducta equívoca y en este sentido habló de ella á sus amigos; mas no bien supo que eran tres hermanas y que vivían solas, su maledicencia tomó mayor incremento y ya no designó su casa mas que con el apodo de *un nido de palomas*.

### XVIII.

#### MAS ESPLICACIONES DE LA AUTORA.

El conde D.... por ese fanático culto, que profesaba á todas las exigencias del gran mundo, siguió viendo al marqués de la Oliva con la sonrisa en los labios, después de la noche del desafío de este últi-

mo con el noble y magnánimo príncipe de Cellemare.

Ya sabemos que el marqués no oyó las palabras del esposo de Clotilde por estar desmayado: así pues, cuando volvió á encontrarle en el mundo y el conde le preguntó con admiración por la causa de su herida, el marqués le respondió con indiferencia que la debía á un lance ocasionado por el juego.

En seguida entabló su conversacion favorita y preguntó al conde si conocía el famoso *nido de palomas* de la calle de S. Bernardino.

—Algo he oído hablar de él, contestó el conde; es la conversacion del día en las reuniones de hombres solos; pero, añadió, decidme, porque no estoy bien enterado, ¿qué nido es ese?

—Una casita muy pobre y estraviada en la cual viven tres jóvenes que son tres ángeles de belleza: una de ellas es aquella que os nombré el último día que tuve el gusto de comer en vuestra casa.

—La joven rubia que quería comprar camelias?

—La misma.

—He oído elogiar la belleza de esas muchachas, repuso el conde, y me han ponderado además su juventud.

—No cuenta todavía diez y ocho años la mayor, la cual lleva el poético nombre de Ofelia; le sigue en edad María de la Gloria, que es una belleza celestial que tendrá diez y siete, y la última, acaso la mas hermosa de las tres, acaba de cumplir diez y seis primaveras.

Dejó escapar el conde un hondo suspiro: esta edad contaba Clotilde cuando él la conoció y sus desgracias presentes le exageraban toda su perdida felicidad, y le hacían mas punzantes los halagüeños recuerdos de lo pasado.

Aun estaba sumergido en estos tristes pensamientos cuando se acercó á él el príncipe de Cellemare: se asió de su brazo, y sin mirar siquiera al marqués de la Oliva, se alejó con el conde á través de la muchedumbre que llenaba los salones de la embajada de Francia donde se encontraban.

—Qué os decía ese hombre que así os ha preocupado? preguntó el príncipe al esposo de Clotilde.

—Me hablaba del nido de palomas que hoy ocupa la atención de tantos jóvenes de nuestra aristocracia.

—El ha hecho tan tristemente célebres á esas pobres criaturas; contestó Cellemare con indignación.

—Cómo!

—Sí, amigo mio; desde el día en que ese hombre vió á una de ellas entrar en una modesta casa ha hecho mil perversas suposiciones acerca de ella y de sus hermanas y las ha dado por ciertas: por eso la solitaria calle en que viven se vé hoy cruzada sin cesar por los jóvenes mas libertinos de Madrid, quizá sin que ellas mismas lo sepan, pues yo he visto siempre escrupulosamente cerrados sus dos pobres balconillos. Creed á los instintos de mi alma, Augusto, esa miseria se oculta y la miseria pudorosa debe ser siempre respetada.

(Se continuará.)



## LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

## NOVELA ORIGINAL

POR

*Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*

## Contra Gula Templanza.

*Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.*

## PRIMERA PARTE.

(CONCLUSION.)

## VI.

EL "VIVA."

Relumbrábale el pelejo  
De la fuente como espejo,  
Que á tiro largo de tejo  
Te pudieras en él ver.  
Traia unos copetones  
Hechos de unos guedejones,  
Y encima unos redejones  
Con que me pensó prender.  
É por mil agujeritos  
De las mangas y manguitos,  
Salen tantos pingajitos  
Que es un hastío los ver.

(Romancero.)

Apenas el señor cura y la Soberana llegaron al palacio de la Sra. Mariscala, en lugar de pasar como siempre al gran salon de la velada, se vieron detenidos por Rodrigo que los hizo entrar en un gabinete donde los dejó, saliendo en seguida él mismo en busca de su tia.

—Ahora, dijo la Soberana muy quedito acercándose al oído del cura; no vaya V. á echarlo á perder; es preciso que V. mida las palabras, que V. ignore todo lo que yo acabo de decirle, que V. se sorprenda ¿lo entiende V? ¡Pobre de mí, si la Sra. Mariscala sospechase que yo habia revelado su secreto! Como que no me ha encargado otra cosa.

D. Mendo risueño y alegre como unas castañuelas, iba á contestar á Joaquina, cuando se percibió el ruido de un vestido de seda que se acercaba.

La Sra. Mariscala entró en el gabinete apoyada en el brazo de su sobrino, magestuosa y arrogante como una reina.

La Soberana y el cura se inclinaron ante la señora como dos esclavos.

La Mariscala se dejó caer en un sillón, haciéndose aire acompasadamente con un colosal abanico de concha.

D.<sup>a</sup> María Escolástica, cuyas cincuenta primaveras no habian logrado afean en nada su arrogante figura; era toda una dama de gran tono, una especie de reina sin nombre que presumia de autoridad y la ejercia realmente, no solo sobre su familia si-

no sobre toda la poblacion de Candás que la respetaba y obedecia como á su señora feudal.

Aunque ya demasiado gruesa, la Mariscala conservaba todavía esa fisonomía gentil, ese rostro ovalado con ojos de águila y nariz borbónica, cuya raza se perpetúa hoy aun en las mas ilustres damas de la aristocracia asturiana.

Llevaba un vestido de brocado verde y plata salpicado con ramitos de rosas á la Pompadour, empavesado con un enorme tontillo, y escotado sobre el pecho mas de lo que fuera de desear en una dama de sus años.

El cuerpo emballenado y recto presentaba en el pecho una joyería de rubíes, topacios y esmeraldas, á la que se daba en aquel tiempo el poco poético nombre de "ensaladilla."

Sus brazos desnudos hasta el codo, parecian mas gruesos y torneados entre las guarniciones de encajes que graciosamente los envolvian.

Sobre su frente elevada y llena de orgullo se levantaba una batería de bucles, lazos de color de fuego y estrellas de esmeralda que hubiera hecho honor á la misma reina.

—¿Y cómo vamos de negocios, Sr. Cura? preguntó la señora con una familiaridad que contrastaba notablemente con su régio atavío.

—Ya lo vé V. S., respondió D. Mendo tartamudeando y arreglándose los espejuelos; yo me... me...

Joaquina le tiró disimuladamente de los manteos.

—Me.... aburro, Sra. Mariscala.... me aburro, quise decir.

—Pobre hombre! dijo la Sra. volviéndose hácia su sobrino con una sonrisa particular.

Me compadezco, cura, añadió con tono magistral, me compadezco, porque habeis perdido en la soledad, aquella viveza, aquella inteligencia que tanto os hizo brillar en las bodas de nuestra Sra. hermana Doña Ventura... y por lo tanto.

—Eh! eh! ciertamente... ¡Qué bodas, Sra. Mariscala! interrumpió Don Mendo, bañándose, como suele decirse en agua rosada. Qué pavos! ¡Qué capones! ¡Qué venado muerto á manos del Señor conde!

Joaquina le dió tal tiron que le desgarró los manteos.

La Mariscala se sonrió!

—Y por lo tanto, añadió la Mariscala con una entonacion cada vez mas grave. Nos, de acuerdo con el ilustrísimo Señor Obispo de Oviedo, nuestro muy amado tío y señor, hemos tenido á bien sacaros de vuestra feligresía para trasladaros á esta nuestra villa de Candás, que goceis muchos años en nuestra compañía.

Y alargó al cura un pliego cerrado, que aquel tomó en sus manos trémulo de alegría.

Don Mendo se arrimó á la mesa donde estaba colocada una bugia de blanquísima cera, y leyó tartamudeando el pliego, cuyo contenido conocía ya de antemano.

Era un oficio del Obispo nombrándole regente de la parroquia.

—Ah! mi señora! ¡Mi excelente y discreta señora! exclamó el cura contemplándola con una espe-



cie de idolatría!... yo... yo me sorprende mucho, mucho con esta feliz nueva... y besaría gustoso los pies á V. S.... ah! no en valde lleva V. S. el nombre de Escolástica de la Paz! V. S. vuelve la paz á mi conciencia, la paz á mi corazón, la alegría á mi alma... pero ¿permitirá V. S. que me retire?

—Cómo! exclamó escandalizada la Mariscala, retiraros sin saludar á mi Sra. hermana?

—Sí, sí; añadió el cura que de puro gozo se olvidaba del ceremonial, tiene razón V. S.... vamos á saludar á la Sra. condesa... y luego... luego desearíairme á descansar, porque debo estar en Albandi antes del alba.

La Sra. Mariscala echó á andar delante apoyada en el brazo de su sobrino, la Soberana y el cura marchaban detrás.

Ya á las puertas del salón el cura se excusó de nuevo prestando un flato que le obligaba á tomar algún descanso antes de partir.

La Mariscala permaneció inflexible.

Las puertas del salón estaban abiertas de par en par. Sobre el murmullo de los jugadores y de los que hablaban, sobresalían sonoras carcajadas, hijas predilectas de aquella sociedad sencilla y culta á la vez y que cada día encuentro mas incomprensible.

A la llegada de la señora, todos aquellos ruidos cesaron al momento.

—Presento á Vds., dijo la Mariscala volviendo la cara á todos lados, al señor cura de la parroquia de Candás; cura regente se entiende.

Todas las miradas se fijaron en D. Mendo que sombrero en mano y espejuelos en ristre volvía acompasadamente la cabeza hacia donde la tornaba su señora.

—Viva! viva! exclamó la sencilla condesa de Santarúa que profesaba al eclesiástico particular afecto.

—¿Y que viva, mi señora la condesa para consuelo de enfermos y necesitados! contestó el cura hundiendo sus gruesos dedos en la caja de oro llena de perfumado rapé que le presentaba aquella, ¡y mi señora la Mariscala, redentora de cautivos! ¡Y el Señor Obispo y toda la real familia de Santarúa.

Una carcajada general acogió aquella bufonada que tenía pretensiones de chiste.

—Y como que la herencia no quiere renunciar, dijo con tono grave la Mariscala, ocupando una especie de estrado que se levantaba en la testera del salón, y como que sangre real es la que circula en nuestras venas, os damos las gracias por el homenaje.

—Pido que se apure el "viva" gritó con voz chillona un jorobado, hijo del alcalde, especie de bufon con pretensiones de poetaastro.

—Pues que se apure! que se apure! gritaron mas de diez voces á la vez.

—Pues que viva el Cristo de Candás! exclamó el síndico (1), como haciendo un gran esfuerzo de imaginación.

(1) Síndico; el que recogía la limosna de los religiosos mendicantes, y vendía los hábitos que destrozaban los frailes y que eran entonces las mortajas obligadas de todo cristiano, á pesar de venderse á un precio muy subido.

—¡Que viva la ilustre, discreta y esclarecida anfitriona de esta casa! chilló de nuevo el jorobado, echando miradas oblicuas á la señora Mariscala que le respondió con un gracioso saludo de abanico.

—¡Que viva la compañía! dijo una viuda joven bajando los ojos.

—¡Que vivan los difuntos! gritó la síndica recogiendo su rueca.

—¡Que viva y sea bendita entre todas las mujeres, la tabernera de la cuesta de la Jormiga! añadió el alcalde, que venía aquella noche un poco iluminado.

—Y sobre todo, que viva Llanera (1) exclamó el nuevo párroco tomando el sombrero y despidiéndose de las señoras para salir.

—Que vuelva! Que vuelva! gritó el jorobadillo, descolgando una guitarra adornada con un gran lazo de tisú; ahora van á ser los vivas con música! y poco que me lucia yo en Oviedo!

—Eso! eso! que vuelva, gritaron todos á la vez.

—Imposible, señorita, dijo Joaquina tomando su manto; el señor cura va trabajado por el flato y tiene que salir de Candás antes de amanecer.

—Al flato, manzanilla... Joaquina, trae al instante una copa al señor cura, que hoy es preciso no darme que sentir.

—Por complacer á V. S., dijo humildemente D. Mendo acercándose de nuevo hacia el estrado, haré yo imposibles.

El jorobado en tanto templaba la guitarra.

Joaquina que sabía todos los rincones de la casa, sirvió al señor cura una gran copa de manzanilla.

—Ahora, tras de la copa un viva, dijo sonriendo la señora de la casa.

—Tras de la copa, la copla; añadió el jorobado. ¡Un viva en verso!

—Sí, sí, en verso; gritaban todos en coro.

—¿Y qué diablos de copla quieres que te cante, Guillermo? preguntó el cura mirando de hito en hito al jorobado.

—La que guste, vuesa merced, con tal que sea copla.

—Vamos! dijo el cura cuarteándose, pues dame el tono.

El jorobado tocó un antiguo rondó al que se acomodaban casi todas las coplillas populares.

—Ese! ese! gritó el cura echándolo todo á barato.

Todas las voces se apagaron.

Entonces D. Mendo cantó con cierta desenvoltura grotesca, que no carecía de gracia y acompañándose con las palmas;

"Pepito Varela  
Naciste en la Habana,  
Tienes la joroba  
Como una montaña."

(1) "Llanera" nombre con que la gente vulgar de Asturias suele designar la cama.



Que vivan gallinas  
Y vivan pichones,  
Que viva la cama  
De cuatro colchones."

Y salió precipitadamente del salón, dejando al jorobado corrido y con tanta boca abierta.

Joaquina le siguió riendo.

—Eso no es nada! dijo con tono doctoral la Mariscala dirigiéndose á Guillermo. ¡Ea! un clavo saca otro clavo! ¡Canta tú otra, y en paz!

—Sí, sí, ¡que cante Guillermo!

Cuando Joaquina y D. Mendo atravesaba el umbral del palacio, el jorobado, repuesto ya de su choque, cantaba acompañado de su guitarra:

"¡Que viva la calle  
De la puerta nueva,  
Porque es una calle  
De tanta arboleda!  
¡Que viva! que viva!  
Quien sabe vivir;  
El hijo de Lisonja,  
Y también Villamil!" (1)

FIN DE LA PRIMERA PARTE

## DE CONTRA GULA TEMPLANZA.

### SEGUNDA PARTE.

#### I.

##### LA PARTIDA.

"When we two parted  
In silent and tears,  
Half broken hearted  
To sever for years,  
Pale grew my cheek and cold....  
The dew of the morning  
Sunk chill on my brow...

(BYRON.)

Dos días después de la velada en que tanto se había apurado el "viva" en el palacio de la señora Mariscala, agrupábanse lentamente los pacíficos habitantes de Albardi en los alrededores del presbiterio, contemplando atónitos y cariacontecidos un carro del país con escarpia, en la que se veían hacinadas dos ó tres arcas y un gran cofre de encina, que recordaba por sus colosales dimensiones el arca de Noé.

—¡Si se casará la señora Pepa de Rica! exclamaba una solterona que pasaba la vida de boda en boda y de entierro en entierro.

—De menos nos hizo Dios, que es el padre de

(1) "Lisonja" y "Villamil," dos calaveras muy trocados.

todos; chilló una viejecilla jorobada que se preciaba de adivina y vivía de conjurar el mal de ojo; y como que tengo acá para mí una especie de que Pepa de Rica con sus cincuenta, y sus ojos lagrimosos, trae á medio enquillotrar (1) al sacristan de la parroquia de Tamón.

—Ello se verá, señora Colasa, dijo un mozo de labranza apoyándose tranquilamente en su azadon y preparándose á esperar el desenlace, como si tuviese concluidos ya todos sus quehaceres.

La señora Colasa, Juan de Toribio y la Solterona, conocida por la Mácula, formaron corro á la esquina de la casa del cura, y sacando Juan pausadamente la piedra y el eslabon, arrimó un átomo de yesca, encendió lumbre y á poco los tres consocios fumaban alegremente, sazonzando las bocanadas de humo con estúpidas carcajadas y groseros chistes (2).

En los alrededores del presbiterio se veían escalonadas en todas las sebes, en todas las saltaderas y medio escondidos entre los maíces, mujeres y niños, que contemplaban con sencilla admiración el enigmático equipaje que desde las primeras horas de la mañana había despertado la curiosidad de aquella feligresía, dormida casi siempre en una monotonía incomprensible para el que no haya experimentado la solitaria vida de la aldea.

El señor cura en tanto entraba y salía, acomodaba por la centésima vez el equipaje y volvía á la casa, sin ocuparse para nada de los cien ojos que espían hasta sus menores movimientos.

Los espectadores aumentaban, formando ya un respetable corro en derredor de la casa.

El cura volvió á salir cargado con una percha y algunos cacharros de cocina, que colocó lo mejor que pudo sobre el cofre de encina.

—Ahora sí que digo yo que tenemos bodórrio! exclamó la Mácula arrojando la punta de su cigarro que le abrasaba ya los dedos.

—Pues yó, replicó la señora Colasa dando algunos pasos hacia el carro para observar mejor; no diré que no; pero hasta que vea la cama no estoy en mí (3).

Con gran asombro de todos los espectadores asomó entonces á la puerta Pepa de Rica llorando á mares y esforzándose en sujetar unos cuantos pares de gallinas y pichones atados de dos en dos.

Todos los aldeanos se precipitaron hácia la puerta deshaciéndose en conjeturas, y comiendo á preguntas á la pobre dueña dolorida.

Pepa de Rica exhalaba histéricos ayes sin responder á ninguna de las preguntas, y llevándose á los encarnizados párpados el grosero delantal de

(1) Enquillotrar, enamorar, seducir.

(2) En Asturias, es difícil encontrar una aldeana que no fume, aunque sea joven y bonita.

(3) En Asturias, cuando la novia se traslada de una parroquia á otra para casarse, lleva todo su dote en un carro, colocándose sobre todos los demás trebejos el lecho nupcial, adornado con cinta y pañuelos de seda. Al pié del carro vá el gaitero tocando una danza del país, y detrás los novios y sus parientes mas cercanos, todos á pié.



lana gris, parte inmutable del traje de la aldeana en el concejo de Carreño.

El cura atravesó por entre los feligreses que se apartaron respetuosamente, y fué colocando las gallinas y pichones en un gran cesto de mimbrés, que ocupó su lugar entre los demás trebejos.

Entonces los aldeanos empezaron á ensanchar el corro, los mozos de labranza prosiguieron su camino, y solo quedaron en derredor de la casa algunos muchachos traviesos, mozuelas holgazanas y tal cual mujercilla de las que viven averiguando vidas ajenas.

Pocas palabras nos bastarán para explicar tamaño desercion.

Una boda en la aldea es uno de los acontecimientos mas notables y codiciados. El día de la boda, la casa está abierta para todo el que llega, y la hospitalidad se ejerce aun con las personas mas desconocidas. En la boda hallan los glotones desde muy temprano sendos torreznos y abundantes dobles de longaniza; los golosos el arroz con leche y las picatortas; las viejas la tertulia y el tabaco en polvo, los mozos el baile, las novias su pareja y los muchachos su barrio aparte con abundante provision de nueces, castañas y avellanas.

La confusion provoca la confianza, la confianza la libertad, la gaita no cesa de tocar, los bailes se suceden sin fregua ni descanso y se prolongan hasta la media noche, y cada boda engendra otras cuantas que van escalonándose poco á poco y engendrando á su vez otros amores.

Para el que se halla sediento de los gozes que proporciona la boda de la aldea, poco le importa la edad de la novia, y no hubo un solo mozo que no acogiese con júbilo la idea de que aquel carro no podia significar otra cosa que una próxima fiesta nupcial.

El semblante compungido de Pepa de Rica, su desconsolado llanto y el desaseo de su raído traje, vinieron á destruir en flor todas aquellas esperanzas y á dispersar aquella asamblea de curiosos interesados, á quienes ya nada importaban las lágrimas de la vieja, ni los arreglos del señor cura.

—Malaman! y cuánto tiempo hemos perdido aquí! exclamó la Mácula echando una mirada en derredor suyo. ¡Ay, señora Colasa, casi nos hemos quedado solas!

—Pero, hija! replicó la Colasa acercándose hasta tocar el carro; ¿y te parece bien marcharse así sin mas ni mas porque esto no huela á picatortas? *Consolar al triste* manda la iglesia y yo no tengo valor para irme á casa sin saber en qué paran estas misas.

—Ni yo, señora Colasa; y si V. me ayuda, me atrevo á ponerme en la misma puerta, y no se me ha de escapar nada si Dios quiere.

—Que si te ayudo? pues no faltaba mas! y hemos de saber por qué llora Pepa, y adonde van estos animalicos atados de dos en dos, y adonde va el carro y.... Tú déjame á mí, que á los setenta y pico ya sé andar sola por estos bardiales.

Y la señora Colasa, garapiña en ristre, se lanzó hácia la puerta y presentó su mano á Pepa de Rica

para que tomase un polvo, en tanto que registraba con su mirada el interior de la casa que presentaba el desórden mas completo.

Pepa de Rica, aunque sin dejar de llorar, tomó la garapiña y absorbió dos ó tres polvos seguidos, pareciendo recobrar con ellos algun valor.

—¿Pero qué te sucede, Pepa del alma? preguntó quedito la Colasa tornando á presentarle la tabaquera.

Pepa de Rica llevó el índice á los labios recordándole el mayor silencio.

—Pero mujer....

—Eh! señora Pepa; dijo el cura asomándose en mangas de camisa á la escalerilla de mano; ayúdeme V. á bajar estos últimos trebejos de brevarios y escribanías y todas estas zarandajas, que lo demás ya sabe V. quien ha de venir á recojerlo.... Ah! señora Colasa; exclamó reparando en la vieja; cómo tanto bueno? hay muchos enfermos?

—¿Cómo se burla el señor cura de los que somos un poco habilidosos! replicó la Saludadora penetrando en la cocina y ofreciendo un polvo á D. Mendo. Su merced no tendrá falta de mis auxilios segun lo gordo y lo rollizo que está; pero á la pobre Pepa de Rica no le sobrará el agua pasada por el alicor (1). ¡Jesus, María! ¡y cómo se ha quedado en un instante de chupada y descolorida!

—Bueno! bueno! respondió el cura por decir algo guiñando el ojo á su ama para que dejase en blanco á la vieja. Vamos, señora Pepa, suba V. á tomar alguna sosa, que el mozo cuidará del carro: y V., señora Colasa, que siga tan flamante, tan habilidosa y tan discreta, que nosotros vamos á hacer por la vida.

Y Pepa de Rica subió á la sala, dejando á la Mácula y á la Saludadora con un palmo de boca abierta.

Manin, el criado del señor cura, daba entre tanto la última mano al carro, colocando sobre su cima tres colchones y algunas almohadas.

La Mácula y la Saludadora siguiendo el refran de que *á puertas cerradas el diablo se vuelve*, se marcharon refunfuñando y deshaciéndose en congeturas.

Cuando el cura apareció de nuevo en la puerta acompañado de su ama, solo habia ya en los alrededores del presbiterio algunos muchachos que jugaban brutalmente, revolcándose en el campo y trepando por las paredes como salvajes.

El cura quiso señalar su despedida con un acto de generosidad que no registraba otro igual en los anales de su vida, y echando mano al bolsillo de su chaleco de paño negro, arrojó unas cuantas monedas de cobre á los pies de los muchachos que se lanzaron sobre ellas con la avidez de un hambriento, esclamando todos á la vez con voz desentonada:

—"Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento."

(1) Agua á la que atribuyen la virtud de curar el mal de ojo, y que la preparaban pasándola á través de un cuerno de ciervo. El nombre de *alicor* debe derivarse de unicornio.



El cura, armado ya de su balandran de paño azul, de su sombrero de teja cubierto con el pañuelo blanco, y del descomunal paraguas de percal, que debía protegerle contra los abrasadores rayos del sol de Julio, dió un abrazo y una peseta á la señora Pepa y sacó él mismo la mula ensillada ya, gritando con voz alegre y sofocada por el calor y la emoción.

—¡Milord! ¡Milord!

Milord era un perrillo villano blanquecino y mimoso, compañero inseparable de D. Mendo, que acudió al momento á la voz de su amo, saltándole al pecho y lamándole las manos con una familiaridad perruna.

—¡Ea Manin! coloca bien á Milord sobre los colchones, dijo el cura subiendo en la mula, y V. Sra. Pepa cese ya de llorar y entregue hoy mismo á Gorin esa escritura y que la pegue con un poquito de pan mascado á la puerta de la iglesia.

La Sra. Pepa rompió de nuevo á llorar.

Manin colocó á Milord en la cima del carro sobre los colchones, enarbolando la guiada se preparó á echar á andar.

En el mismo momento en que D. Mendo picaba su mula, llegaron jadeantes y muertos de calor Gorin y su mujer, que acababan de saber en aquel instante la inesperada marcha del párroco.

El carro echó á andar magestuosamente y D. Mendo detuvo un momento su mula.

—¡Ea! ¡señor cura! ¿conque nos deja vuesa merced? exclamó Gorin, sudando y acercándose á la mula con cierto sentimiento... dice vuesa merced muy bien, que en boca cerrada no entran moscas, y que no hay mejor palabra que la que está por decir.

—Gorin; dijo D. Mendo con aire de protección, te dejo propietario de las seis parejas criadoras que habíamos acordado, te dispense de reponer el nido que tanto te amargaba y te dejo recomendado al teniente que entrará mañana á servir la parroquia. ¿Quiéres mas?

—Gracias, señor cura, mil gracias, y que logre vuesa merced muchos años de dicha, respondió Gorin exhalando un suspiro arrancado por el recuerdo de la antigua sacristana de Albardi.

—Y que no se olvide vuesa merced de la catedral de Oviedo, que no faltarán tortas y.....

—Sí, sí, respondió maquinalmente el cura haciéndose un siglo cada minuto.

—¿Y así se vá vuesa merced sin dar un adiós á sus mejores amigos? preguntó picado Gorin.

—¡Gorin, no te ofendas por tan poca cosa, porque nadie en el mundo ha tenido conocimiento de mi viaje, nadie, á no ser la Sra. Pepa de Rica, que aparte de su mal humor es callada como un sepulcro.

—Caballito, que por ella se supo hace media hora, dijo la sacristana; y por cierto que la pobre mujer se queda en la calle. ¡Que mal haya, quien se mata sirviendo!

—Gorin, repuso el cura picando su mula; "de Candás, el Cristo y nada mas;" conque hasta el día de la hoguera que ireis á ver los fuegos; no

dejes de ir, ni V. tampoco, señora sacristana, que allí tienen Vds. una casa.... es decir, una casa de huéspedes, porque yo ya voy harto de casa abierta.

—Eso no, señor cura, dijo con gravedad Gorin, deteniendo la mula por tercera vez, que no aguardaré yo dos meses para echar un párrafo con vuesa merced, y pasado mañana despues de cerrar la iglesia me tiene V. en Candás, caballero en el caballo de S. Francisco.

—Y yo, añadió picada la sacristana que adivinaba las intenciones de su marido.

—Paz, paz, señores, dijo el cura, que aunque seguro de la Soberana no veía con gusto aquella visita; un buen marido no debe hacer esos viajes de romería sino en compañía de su consorte, y la sacristana no está para andar todos los días por esos caminos.... Conque, Gorin, á tus negocios y á vivir santamente con tu mujer, que conmigo tienes cumplido.... y la mula rompió el paso, en tanto que Gorin y su mujer se esforzaban en vocear la última despedida.

D. Mendo sacó del bolsillo su pañuelo de cuadros y volviendo un momento la vista atrás, le agitó por la última vez, y picando su mula desapareció entre los recodos de aquel camino encantador, salpicado de bosquecillos de floridos manzanos.

Ansioso de trasladarse á Candás y para mejor desentenderse de la indescriptible despedida que no solo en las aldeas sino en todos los pueblos pequeños es la eterna pesadilla de todo viajero, el cura de Albardi trató secretamente con el párroco de Pervera la venta de todo su ajuar, exceptuando tan solo algunos objetos de su predilección, y compró el secreto á la señora Pepa de Rica por una peseta, encargándola que ni el mismo Gorin olfatease una palabra del asunto.

Al proclamar su idea de ponerse á pupilo D. Mendo, se desembarazaba por completo de su ama, que destituida de todo recurso, no tenía otra alternativa que morirse de hambre, ó tornar á su ruca que le producía cuando mas un real cada tres días.

D. Mendo alcanzó bien pronto el carro que Manin conducía pausadamente, y su corazón latió de una manera inusitada al verse al fin en el que él llamaba siempre en estilo figurado "el camino del paraíso."

Como un prisionero que de repente se encuentra libre de un largo cautiverio, como un ciego que vislumbra el primer rayo de sol, el cura de Albardi abandonó lleno de gozo los pintorescos vallados y las magníficas espesuras de Prendes, para trasladarse á la villa de Candás, que podía considerarse en aquella época como la metrópoli de todas las risueñas aldeas que se estienden hasta las verdes riberas del Aboño, y que se comprenden bajo el poético nombre de Valle de Carreño.

A la caída de la tarde D. Mendo, su equipaje y el inseparable Milord se encontraba en la cuesta de la Jormiga, desde donde se registraba de una sola ojeada la villa de Candás, con su negruzco caserío, con sus tortuosas calles, y sus fachadas colgadas de redes ennegrecidas en los mares de Irlanda, adon-



de sus habitantes iban en aquella época á verificar sus pesquerías.

Villa y aldea á la vez, pueblo alternativamente pescador y agrícola las casas de Candás ostentaban al lado de las redes, mazos de lino medio seco, que debían dejar muy pronto su lugar á las doradas y largas ristras de maíz, que entonces como ahora forman en el otoño el patriarcal adorno de aquellas pacíficas viviendas.

A la vista de Candás, D. Mendo se bajó de su mula y se arrodilló como los peregrinos cristianos á la vista de Roma. Muchas, muchísimas veces había contemplado á Candás desde aquella misma colina; pero nunca como ahora había sentido el corazón agitado por el entusiasmo, nunca le había parecido tan hermosa la fea y melancólica villa, nunca se había encontrado investido de tan gran soberanía espiritual ni había bajado nunca la cuesta murmurando con aquella alegría interior que se reflejaba en su rubicundo semblante:

—He aquí al fin el paraíso donde quiero cavar mi tumba.

(Se continuará.)

## ESCENAS DE MI VIDA.

### BAILES EN LA ISLA DE PINOS.

#### ARTÍCULO SEGUNDO.

##### I.

Por la manera especial de vestir de los isleños, un baile como los de la isla de Pinos sería en Europa un baile de trages. Un sombrero de paja sujeto con una cinta de majagua que se ata debajo de la barba, un pantalón de algodón ó de hilo generalmente listado, zapatos de becerro, toscos y fuertes como los de caza, y lo que en la isla llaman *blus*, tal es el traje de los hombres para los días de fiesta y los de trabajo, y les sirve lo mismo para ir al baile que para entregarse á sus ordinarias faenas. Este traje es en todas nuestras Antillas el de los guajiros ó campesinos, y en la isla de Pinos apenas hay mas que guajiros. Yo lo adopté tambien por varias razones: la primera, para no singularizarme, teniendo presente la sentencia latina *dum fueris Romæ romano vivito more*; la segunda, porque reniego de la complicacion de prendas que tanto tiempo me roba, y que me hace envidiar todos los días la suerte de mi perro y de mi gato que no tienen que vestirse ni desnudarse; la tercera, porque el traje que prohibí era mas ligero y fresco que el que llevaba; la cuarta, en fin, porque el traje de los guajiros no requeria adiciones, sino supresiones, en el mio habitual. Sombrero de paja, pantalones de hilo y zapatos de becerro llevaba ya antes de vestirme de guajiro; me bastó de consiguiente ponerme la camisa encima de los pantalones, porque lo que llaman *blus* los guajiros es ni mas ni menos que una

camisa que no se da vergüenza de enseñar sus fal-dones. Suprimí mi levitín, y se acabó la comision.

En cuanto á las isleñas, como no me meto en honduras, no puedo decir si llevan enaguas; pero me parece que la consideran una perisologia, una redundancia, un pleonasmo, un ripio, y que son en su concepto una superfluidad antihigiénica incompatible con el clima. La camisa se la supongo, como se dice del valor en la hoja de servicios de ciertos generales. Por lo demás, el vestido es un vestido ligerísimo, el indispensablemente necesario para no andar desnudas; es una concesion pequeñísima arrancada al calor por aquel rubor nativo que hizo buscar á Eva una hoja de higuera; es, en fin, una bata de muselina, blanca, amarilla, ó azul celeste, liviana como la espuma, y en su corte absolutamente igual al de las hijas de la península. El peinado tampoco se diferencia del de estas, y sigue sus mismas vicisitudes, solo que en las noches de baile algunas se ponen en la cabeza, en lugar de flores, cocuyos sujetos por el corselete con una imperceptible hebra de seda. Los cocuyos despiden una luz azulada que rivaliza ventajosamente con la del mas precioso diamante, porque este no lleva como aquellos la luz en sí propio, sino que se limita á reflejarla. El diamante en la oscuridad no brilla. De él al cocuyo hay la misma diferencia que de la luna al sol, que de una traduccion á una obra original. El cocuyo, á mas de brillar, alumbra, y brilla y alumbra sin auxilio ageno. La luz del diamante, como la de la luna, es obra de dos ingenios.

Los cocuyos, despidiendo sus indecisos fulgores entre la niebla que forma el humo, dan á los bailes de Pinos un carácter fantástico.

Las blancas no gastan abanico. El abanicarse es hacer algo, y las americanas no hacen nada. El calor produce en ellas el mismo efecto que el frio en las marmotas. Lánguidas, inactivas, caídas, necesitan llamar á las negras para que las hagan aire, y en los bailes, en que las negras no entran, se encargan de sus funciones los amadores de sus amas, lo que parece muy lógico, porque al fin y al cabo los hombres que aman son tambien esclavos. Así es que las blancas en los bailes no llevan abanicos; pero sus amantes las abanicán con una ancha hoja de fresco y verde guano.

No busqueis ninguna relacion íntima ni lejana entre los piés de los guajiros y las medias ó calcetines. Tampoco, por regla general, llevan medias las mujeres, ni aun en los bailes. Algunas, sin embargo, se permiten ponerse medias caladas de seda, blancas, negras ó de color de carne, medias vergonzantes, que no se atreven á manifestarse, que se confunden con el tegumento, y que apenas bastan á cubrir las apariencias.

En los bailes de Pinos, como en los de todas partes, hay, en concepto de los hombres, mas hombres que mujeres, lo que nada tiene de particular si se atiende á que los hombres no cuentan nunca entre las mujeres á las viejas, y á que á ellos les parecen ellas siempre pocas, y ellos á sí mismos le parecen siempre demasiados. En todos los puntos en que se reúnen hombres y mujeres, cada hombre su-



primiria, si pudiese, á los otros. Oí decir á un filósofo:—¡Qué gusto si se muriesen en el acto todos los hombres menos yo, para quedar yo solo en el mundo con todas las mujeres!—Eso es poco, contestó otro que era mas filósofo aun; lo que yo quisiera es que las mujeres se quedasen mujeres, y que además se volviesen mujeres todos los hombres menos yo.

Pero no solo en apariencia, sino que tambien en realidad, el sexo llamado fuerte era en los bailes de la isla de Pinos preponderante. Por lo mismo las pobres niñas tenían todas que estar bailando, sin descansar un solo instante, desde el principio hasta la conclusion de la fiesta, al paso que muchos danzarines frenéticos se hubieran quedado en ayunas, condenados al suplicio de Tántalo, si desde tiempo inmemorial no se hubiese introducido la costumbre de relevarse los hombres los unos á los otros, bastando al efecto que el que quiere bailar se interponga entre el que esté bailando y su pareja. El que está bailando se retira al momento, algunas veces de buen grado, otras echando una maldicion al sustituto que lo ha interrumpido tal vez en el exordio de una declaracion amorosa, tal vez en lo mas fuerte de su estro, de su inspiracion coreográfica. Nadie, cuando el caso llega, puede resistirse á que se releve aunque su pareja sea su propia mujer, que es la mas inalienable é intransmisible de las propiedades; pero en cambio nadie puede tampoco abandonar su puesto de honor hasta que llegue el relevo. Ha de saber morir, si es necesario, en el ejercicio de sus funciones, en el cumplimiento de sus deberes, como un médico en una epidemia.

## II.

Por la exorbitancia numérica de sexo feo ha de haber necesariamente mientras se baila un número de simples espectadores ó de ociosos, los cuales, cuando no se meten en un chiribitil para jugar al tresillo á dos reales el tanto, ó aventurar unas cuantas peluconas á la treinta y una, al monte ó al burro americano, matan el tiempo *colgando prendas reintegrables sine conditione*, á las danzarinas que les merecen la preferencia: cual pone su sombrero en la cabeza de una de ellas; cual del hombro de otra cuelga su pañuelo; cual ciñe el cuerpo de otra con el tahalí de su machete. Concluido el fandango ó el zapateado, las favorecidas buscan al dueño de la prenda, delante del cual dan bailando un par de vueltas, y se la restituyen, no sin haber antes recibido una moneda, que há de ser por lo menos medio real de América. Yo ignoraba esta última circunstancia, y me costó caro el aprendizaje. Noté que las que mas prendas obtenian eran las mas bellas, y que con su gesto revelaban todas cierto sentimiento de vanidad ó de amor propio satisfecho. De estas dos observaciones deduje que las prendas creen una manifestacion de amor, ó al menos un piropo ó prueba de galantería, y tuve lástima á una desgraciada que no habia obtenido ninguna. Era una vieja verde, que identificándose demasiado con las reminiscencias de su juventud, bailaba con toda

la fé y entusiasmo de sus mejores años. Su vanidad estaba herida; lo leí en sus ojos suplicantes que me miraban como los de un mendigo, y atribuí su desconuelo al abandono en que se la dejaba, pues nadie absolutamente se acordaba de ella para nada, ni le hacia el menor caso. Me quité el sombrero y se lo puse, mientras se estaba bailando un zapateado, y la ví reanimarse al momento, tomar expansion, pasar de muerte á vida; mi sombrero fué como el aceite que hace revivir á una lámpara moribunda. Concluido el zapateado, se me colocó delante bailando, y sus miradas, que pasaron desde la súplica á la provocacion, como si quisieran infundirme aliento, me hicieron sospechar que habia tomado mi arranque de filantropía por un sentimiento muy diferente. Su mirada me pesaba, me aplastaba; en aquel momento hubiera querido anularme, sepultarme bajo tierra, y deseando quitármela de delante, pregunté lo que debia hacer en semejante apuro á un guajiro que tenia al lado, y el guajiro me dijo que tenia que entregar á la remilgada vieja una moneda para rescatar mi sombrero. Para librarme de ella hubiera hecho testamento á favor suyo de cuanto poseia y podia poseer en lo sucesivo. Mi moneda mas pequeña era una pieza de dos reales americanos, y se la di sin vacilar, y ella, que lo reducía todo á sustancia, que habia tomado por amor mi piedad, tomó tambien por amor mi esplendidez forzosa. Necesité combatir con todas las armas del desden llevado hasta la grosería aquel fuego que brotaba entre cenizas, aquella pasion naciente de una ex-mujer, que abusando sin duda de mi triste posicion de desterrado, quiso explotar mi desventura, creyó que me someteria al refran que nos enseña que en tiempo de hambre no hay pan duro, y me consideré capaz del inaudito crimen de corresponder á sus amorosas ansias. ¡Cuán mal me juzgaba! Al pasar á América, me dejé el corazon en España, donde tenia quien me lo guardase.

El chasco fué solemne. Juré desde entonces tener para toda vieja que baile un corazon de piedra. No se puede ser bueno en este mundo.

## III.

El comandante de la isla, teniente coronel que ejercia una autoridad absoluta, tenia mandado que el baile no durase mas que hasta las once, hora en que los vapores licorosos habian alegrado todos los ánimos, exaltado todas las imaginaciones, turbado todos los entendimientos, soltado todas las lenguas. La órden del comandante no era obedecida. Por delegacion suya, una ordenanza, armado de un farol á guisa de sereno, se presentaba á disolver la asamblea. Uno de mis compañeros de peregrinacion, que pasaba todo el santo día leyendo la *Historia de la revolucion francesa*, por Mr. Thiers, y que la sabia casi toda de memoria como los revolucionarios franceses la de la República de Roma, habia tomado por modelos á todos los personajes de aquel terrible drama, y hacia todo lo posible para imitarlos tomando la ocasion por los



cabellos. La presencia de la ordenanza inspiraba á los hijos del país, acostumbrados á una obediencia pasiva, cierto respeto que se manifestaba por un silencio pavoroso y solemne, como el que se nota en un charco que atronaban las ranas con sus graznidos cuando se arroja al agua una gran piedra, y entonces el parodiador de todos los grandes revolucionarios, creyéndose un Mirabeau y haciendo un Brézé de la ordenanza, salió á esta al encuentro hasta colocarse en el centro del salón y le decía con mucha prosopopeya: — "Esclavo, dí á tu amo que estamos aquí reunidos por la voluntad del pueblo, y que solo el pueblo puede separarnos."

La ordenanza se marchaba y el baile seguía.

Cinco minutos despues se presentaba el comandante en persona precedido de la misma ordenanza y á la cabeza de seis soldados y un cabo, á quienes al llegar á la puerta manda armar bayoneta. En las noches de baile, toda la guarnicion, que constaba de unos cien hombres, estaba sobre las armas. — "¿Está acaso Catilina á nuestras puertas?" — preguntaba el parodiador de todos los revolucionarios; y despues de protestar contra aquel acto de violacion, contra aquel ataque á la autonomia de nuestras piernas, contra aquella violacion del derecho, contra aquella caricatura de un diez y ocho crumario, se retiraba tranquilo como el que ha cumplido con su deber, y se despedían todos los concurrentes citándose para el domingo inmediato, en que se reproducían *mutatis mutandis* las mismas escenas.

#### IV.

Una hora antes que el de los blancos concluía el baile de la gente de color, que me merecía una predileccion marcada. En general no asistía al de los blancos hasta que habia terminado el de los negros, es decir á la última hora, y esta preferencia que daba al de estos sobre el de aquellos me convertía en objeto de muchas murmuraciones. Los blancos me llamaban apóstata, y decían que habia hecho defeccion á mi raza. Pero yo me sobreponía á la preocupacion que no consentía que hubiese entre las dos razas mas relaciones é intimidades que las del látigo y la carne, y el apasionado de la revolucion francesa, que era de mi mismo modo de pensar, cuando oía decir que se menoscababa la reputacion del blanco que trataba á los negros como si fuesen hombres, se acordaba de Danton, y repetía las famosas frases con que apostrofaba el convencional terrible á los que le llamaban bebedor de sangre. — "¿Qué me importa mi reputacion? Que la libertad se salve, aunque mi nombre sea maldito." — Miraba á sus detractores con el mismo profundo desprecio que Riqueti á los Lameth, y exclamaba: — No necesitaba yo esta leccion para saber que del Capitolio á la roca Tarpeya no hay mas que un paso. Los golpes de abajo arriba jamás me detendrán en mi carrera. — Como se ve, las citas no venían muy al caso.

#### V.

La casa en que bailaban los negros no estaba comprendida en el radio de la poblacion, y era, aunque bastante espaciosa, mucho mas modesta que la casa en que bailaban los blancos. Constaba de dos piezas. En la primera, que era propiamente el portal, se celebraba despues del baile lo que en el país llaman una *cochinata*, que consiste en zamparse alegremente un cerdo asado. Este, desde que principiaba el baile, se hallaba de cuerpo presente encima de una mesa ó catafalco colocado en el centro de la habitacion, aguardando que se procediese á su autopsia, como un cadáver en un anfiteatro clínico. No habia mas luz que la muy escasa de un farol colgado de la pared. La otra pieza, que era el salón del baile, estaba mejor alumbrada; pues tenia para luchar con sus sombras la friolera de cuatro velas de sebo puestas en dos cornucopias de hoja de lata muy enmohecidas; y sus resplandores eran ávidamente absorbidos por el ateado cutis de los concurrentes, que eran todos, sin mas escepcion que mi compañero de peregrinacion y yo, tan negros como si estuviesen alquitranados. No habia siquiera uno de esos híbridos de la especie humana que se llaman mulatos. Una y otra pieza, blanqueadas con cal, hacían parecer mas negros á los negros, y estos las hacían parecer á ellas mas blancas. En lugar de sillas habia arrimados á las paredes dos bancos mugrientos como los de las posadas y los de los cuerpos de guardia. No llamaba la atencion ningun otro mueble.

Toda la orquesta se reducía á un güiro, y como no habia ningun negro entre mis discípulos de la isla, porque si hubiese tenido un solo discípulo negro no hubiera querido ser discípulo mio ningun blanco, no se bailaba mas que el zapateado y el fandango. Pero lo que se bailaba se bailaba con brio, y habia negros que con los piés hacían maravillas; los habia que se dejaban caer contra las manos, y se levantaban de repente dando al aire una voltereta, como los cubisteros en las danzas gimnásticas de Esparta. Las negras bailaban tambien con fervor, *totis viribus*, que es, segun el sagrado testo, como bailaba David delante del arca.

#### VI.

Daba el baile un carácter sainetesco que me hacía desternillar de risa la manera de vestir de los negros. Llevaban con el mayor énfasis los trages de gala que habian pertenecido á los ascendientes de sus amos, ó que habian sido ya desechos por muy antiguos. Un enano se perdía como un mosquito en el piélago inmenso del vacío, en los abismos de una levita negra, ancha como la conciencia de la época, que se hizo para un gigante, y no podia encontrarse á sí mismo, por mas que se buscaba, dentro de unos pantalones sumamente largos, cuyo sobrante se rollaba en espiral como un sacatrapos encima de sus piés desnudos, á pesar de que por su parte superior le lastimaban los so-



bacos. Hubiera podido doblar hacia arriba, como el pañal de un recién nacido, lo que cada pierna le sobraba, y hubiera parecido que tenía las dos piernas amputadas. Para moderar las hiperbólicas proporciones de las mangas de su levita, las fruncía y replegaba hacia el hombro, y así podía asomar las puntas de los dedos que le servían para levantarse los pantalones mientras bailaba, como se levantan las sayas en los días de lluvia las hijas de la fangosa capital de España. Su chaleco era amarillo, y tan escotado, que hubiera permitido ver toda la pechera de su camisa si no hubiera estado tapada por los pantalones que, como acabo de decir, le subían toda la región torácica. Era tan largo, que con él solo hubiera estado vestido, y teniendo cuidado de llevarlo abrochado, podía sin ofender el pudor quitarse los pantalones. El todo figuraba un talego casi vacío. Poned encima un sombrero negro de copa alta, muy ancho por arriba, muy estrecho por abajo, y tendréis una idea aproximada del personaje de que acabo de ocuparme.

Un Holofernes negro gastaba un frac azul de boton dorado, que se lo había dado el enclenque señorito de la casa de la Habana á que perteneció cuando se le hubo quedado corto y estrecho. Se ahogaba como el espíritu del siglo dentro de las fórmulas antiguas. No le eran permitidos mas movimientos que los de un pájaro disecado. No tenía articulaciones, parecía formado todo de una sola pieza, no podía mover la mas mínima parte de su cuerpo sin mover el cuerpo entero. Si hubiera querido levantar un brazo ó tan siquiera acercarlo al tronco, hubiera roto la espalda del frac en que se hallaba embutido, desmintiendo la ley de la impenetrabilidad de la materia, y así es que llevaba los trajes separados de su cuerpo, de manera que este parecía una cláusula encerrada en un entreparéntesis. Las mangas no llegaban á los codos sino con mucho trabajo y haciendo desesperados esfuerzos, y los faldones se abrían figurando la cola de una golondrina. Los pantalones, que eran blancos listados de amarillo, hubieran permitido ver las ligas si el gigante hubiese llevado medias, y su chaleco de color de grana se hallaba á tanta distancia de los pantalones, que no se oponía á la exhibición de las tres cuartas partes de la camisa. Una especie de gorro de dormir azul y colorado cubría su cabeza.

Todos los demás concurrentes vestían con el mismo gusto y elegancia; ninguno llevaba una sola pieza hecha á su medida, y lejos de parecerse ridículos los unos á los otros, se envidiaban mutuamente; los que no iban descalzos llevaban zapatos amarillos, y todos por regla general gastaban sellos y cadenas de similor ó de acero, sin gastar reloj, una enorme corbata blanca que á ninguno permitía ver parte alguna de sí mismo, y un cuello de camisa tan inmemorable y tan almidonado, que parecía puesto á propósito para que la cabeza encajonada en él no se inclinase á ningún lado. A primera vista daba risa, pero después de la primera impresión daba angustia el ver semejantes adfechos.

Las negras por su traje no se diferenciaban de las blancas, de cuyos vestidos usados hacían ellas sus vestidos nuevos. No carecían de gracia en la manera de ataviarse, porque la gracia es instintiva en la juventud femenina, cualquiera que sea la raza á que pertenezca. Mas peripuestas que las blancas, tenían una afición decidida á todos los accesorios y perifollos, y comprendían perfectamente cual era el color de los adornos que mejor andaba con el de su cutis. El color rojo preponderaba en todos sus atavíos, en el collar, en los pendientes, en las conchas, y flores artificiales que se ponían en la cabeza. Solían ser rojas hasta las varillas de sus abanicos.

Dos negras había cuyo ángulo facial, por una excepción de la regla, no tenía la misma abertura que el de los orangutanes. No era aplastada su nariz, ni abultados sus labios, ni cerdosos sus cabellos. No eran negras mas que por su color; parecían blancas pintadas de negro. Una de ellas era alta, la otra baja, pero las dos esbeltas. Había en sus facciones tanta regularidad, tanta perfección, tanta pureza de líneas como en la *Fornarina* del gran Rafael; eran dos estatuas de Vénus, que por un capricho del escultor, se hicieron de ébano en lugar de hacerse de alabastro. Menos que por el perfil, se distinguían la una de la otra por el gesto. La mas alta interesaba por cierta apariencia de resignación melancólica; la mas baja impenia por su expresión de altivez, de implacable enojo, de saña concentrada. Se conoce que nunca transigió con las humillaciones que su condición de negra la imponía, la realidad de su desgracia no bastaba á convencerla de que valía menos que una blanca. Para rivalizar con estas, aceptaba los obsequios de los blancos y desdeñaba los de los negros. Su amor era quizás una forma que tomaba su envidia, pues le bastaba para amar á un blanco y tenderles las redes, saber que era amado de una blanca.

Las dos negras eran propiedad del comandante de la isla, porque se las habían regalado, ó eran hijas de esclavas suyas ó le habían costado su dinero; es decir que eran propiedad del comandante de la isla como son propiedad vuestra vuestro perro y vuestro caballo. También la que mas resignada me parecía, á pesar de que según dicen la desgracia comun iguala á todos los que á ella viven sometidos, trataba á los demás negros mas bien como señora que como compañera; una y otra esclava despreciaban á los demás de su condición, y en ambas se notaba un no sé qué de superioridad, debido quizás á las lisonjas de que se ve siempre rodeada la belleza, ó tal vez al triste privilegio de ser esclavas de un amo que mandaba á los amos de los esclavos. ¿No vemos acaso en Europa que se creen superiores á los demás criados los criados de los grandes?

## VII.

Tanto y mas aun que en el baile de los blancos el canto intervenía en el de los negros. La letra de sus cantares era anónima como todos los versos populares, y se reflejaba en ella el espíritu de reac-



ción de una raza proscrita. Algunas estrofas parecían sin embargo inspiradas por un sentimiento personal, y eran la improvisación del mismo que las cantaba, pero aun así trasudaba siempre por algún poro el odio de raza. Recuerdo la siguiente redondilla en que un joven congo aludía á su amo, que era un colono de la isla á quien había creado una triste reputación el mal trato que daba á sus esclavos.

Todos, si bien se repara,  
todos, si bien se repara,  
en el mundo negros son;  
yo tengo negra la cara,  
y tú negro el corazón,  
y tú negro el corazón.

El primero y último verso se repiten siempre en las redondillas; en las quintillas no se repite mas que el primero, como en la que copio á continuación, que la oí cantar á una de las negras del comandante, con motivo del reciente casamiento de un guajiro de quien ella estaba perdidamente enamorada.

Blanco de mi corazón,  
blanco de mi corazón,  
que amas á una blanca aleve,  
al calor de tu pasión  
que encenderá el carbón  
se derretirá la nieve.

El concepto es, como se vé, muy alambicado. El carbón es ella, la nieve es su rival. De todos modos sirve para revelar el carácter envidioso de la negra, que en la estrofa que sigue acaba de ponerse en evidencia.

Blanca, blasonas en vano  
de tu triunfo y poderío;  
mi amante te dió la mano,  
todo lo demás es mío.

Pero en general, como he dicho, se desconocía el origen de todos los cantares, que se transmitían de unos á otros, y son gotas de hiel que rebosan del corazón de los esclavos. No hay negro en las Antillas que no haya cantado alguna vez los siguientes cuatro versos, en que se espresa el predominio de cada raza por la bondad relativa del pan y de los vegetales con que es reemplazado:

Los mulatos comen yuca,  
y los criollos casave,  
los españoles pan blanco,  
y los pobres negros ñame.

Esta estrofa, que tan insignificante parece, les arranca algunas veces profundos suspiros, y suelen cantarla llorando.

### VIII.

A las nueve en punto la distinguida concurrencia pasaba al salón del ambigü, ó sea de la *cochinata*. Los negros, que separados en aquel momen-

to de sus amos no tenían á quien servir, se servían á sí mismos, cargando á pesar de sus lujosos trajes, con los bancos del salón de baile, para colocarlos al rededor de la mesa en que aguardaba el cerdo muy seriamente la sepultura que le preparaban los estómagos, despidiendo un olor agradable, que era, por desgracia, insuficiente para neutralizar el de lana churra y sobaquina que apesta siempre las localidades en que se reúnen muchos negros. Como los de uno y otro sexo habían bailado con tan frenético entusiasmo, sudaban todos á mares, y su rostro reflejando la luz brillaba como el charol nuevo. Parecía que un limpia botas había dado betún y sacado lustre á todo su cuerpo. ¿Cómo la moderna industria, que de todo se apodera, no ha aprovechado aun para zapatos el tegumento de los negros? No tendrían que embetunarse, y su negro sería permanente. Despues de esta indicación que acabo de hacer, milagro será que algún industrial no caiga en la cuenta. Reclamo, por si el caso llega, los honores del descubrimiento.

Mi compañero y yo, que nos hacíamos la ilusión de que asistíamos á una eccena de antropófagos, pues el cerdo ennegrecido por las llamas parecía un negro asado, ocupábamos á instancias de los negros un lugar de preferencia. Armados, como todos, de un tenedor de palo, dimos pruebas de buenos cristianos asimilándonos las mejores tajadas del sabroso animal que tanta aversión inspira á los moros y judíos, y bebimos en compañía de congos y carabalíes, criollos y bozales, sendos tragos de aguardiente de caña en un vaso común, pues no había mas que uno para todos. Nuestra llaneza encantaba á nuestros huéspedes; pero todo el prestigio que nuestro carácter franco nos daba entre la gente de color nos hacía perder entre los blancos. No me acuerdo acerca del particular qué palabras de no sé qué convenciones pronunciaba mi compañero, el eterno parodiador de los protagonistas de la revolución francesa.

### IX.

La sesión se levantaba á las diez en punto, sin necesidad de ningún 18 brumario. Los concurrentes le hubieran de buena gana prolongado hasta el siguiente día; pero no obtenían el permiso que pedían á sus posaderos, únicos responsables de todas sus extralimitaciones.

Concluido el baile de los negros, nos volvíamos al de los blancos, y despues de este nos retirábamos á nuestro bohío, donde, con el auxilio de un mosquitero de percal tupido y el de un mejé que hacía el oficio de gato, nos dormíamos profundamente á pesar de todos los genganes y ratones, sin que se nos reprodujesen en sueños las escenas de la isla, sino la imagen de nuestra patria y de los objetos queridos de que nos separaba la inmensidad de los mares. Los proscritos no tienen nunca otros sueños.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.



## REVISTA DE LA HABANA.

*Notabilidades.*—*Los condes de S. Antonio.*—*La Avellaneda.*—*Concierto.*—*Corte de las cañas de azúcar.*—*Una monja.*—*Amalia Ramirez.*—*Muerte de Washington Irving.*—*Zorrilla.*—*Un concierto que ha producido 1.200 duros.*—*Diversiones.*—*Coronación de la Avellaneda.*—*Un empresario de ópera italiana.*—*Bazar.*

La patria de Plácido y de Heredia, de Milanés y de la Avellaneda, de la condesa de Merlin y de José de la Luz Caballero, abraza actualmente en su seno muchas notabilidades científicas, artísticas y literarias.

Están entre nosotros la Avellaneda, famosa autora de *Baltasar*; Juan Martínez Villergas, que dirige *El moro Muza*, periódico satírico burlesco; Juan Ariza, autor de *D. Juan de Austria* y *D. Antonio de Leiva*, que últimamente ha dado á luz una estensa novela titulada: *Antes y despues*; Ramon Lasagra, que va á publicar la historia de la Isla de Cuba; José Ferrer de Couto, excelente publicista; Angel Dacarrete, poeta de envidiable reputación; Mantilla y Letona, escritores de verdadero mérito, secretario del Gobierno superior de esta isla el primero y Gobernador civil de la Habana el segundo; Teodoro Guerrero, novelista cubano, que ha concluido la publicación de la *Historia íntima de seis mujeres*, obra lujosamente impresa, adornada con los retratos de las seis heroínas y el del autor.

También están entre nosotros Góngora y Gotschalk, distinguidos pianistas; José Lacoste, trágico cubano; José White, eminente violinista cubano, de veinte años de edad, que tan pocos rivales tiene en el mundo; Amalia Ramirez, la perla de la zarzuela; Josefina Cruz de Gassier, la reina del canto, conocida del público gaditano; Adelaida Cortessi, gran dramática, que ha caracterizado admirablemente á *Lucrecia Borgia*, á *Safo*, á la *Traviata* y á la protagonista de *Poliuto* ó *los mártires de la fe*.

Residen además entre nosotros, José de la Luz Caballero, el *Sabio cubano*, ídolo de la juventud habanera; Felipe Poe, poeta y naturalista habanero, catedrático de la Universidad literaria de esta ciudad; el joven Alvaro Reinoso, eminente químico cubano que ha hecho sus estudios en París donde alcanzó gran renombre; Ramon Zambrana, médico distinguido, catedrático de nuestra Universidad, esposo de la dulce poetisa cubana Luisa Perez de Zambrana; Aristi, Desvernine y Nicolás Espadero, pianistas de notable mérito nacidos en esta bella isla; Felicia, distinguida folletinista; los poetas cubanos Luaces, Mendi, Palma, Juan Clemente Zenea, autor de la novela *Lejos de la patria*; José Fornáris, el inspirado autor de los *Cantos del Sibonei*, y otros muchos escritores de mérito.

El 24 de Noviembre, á las nueve de la mañana, hizo su entrada pública en esta capital el Capitan general D. Francisco Serrano, conde de S. Antonio, que tomó posesion del mando del gobierno de esta isla, prestando juramento en la Audiencia Pretorial. Formadas las tropas de la guarnicion desde el muelle hasta la Casa Capitular, el Ayuntamiento de la Habana salió á recibir al nuevo general al pié de la escalinata de la capitanía del puerto. Las bandas de los cuerpos tocaron la marcha real y el castillo de la Caña hizo la salva de ordenanza.

La condesa de S. Antonio, nacida al murmullo de

los poéticos palmares de Cuba, es bella, muy bella. La primera noche que nuestra simpática compatriota asistió al gran teatro de Tacon vestía traje blanco de tisi, ceñida la frente con guirnalda de jazmines, ostentando en el cuello hermoso aderezo de piedras preciosas que brillaban deslumbradoras con los colores del iris.

La Habana tributa á la Avellaneda una justa ovación. Los periódicos han publicado numerosas composiciones saludando á la célebre poetisa que vuelve entre nosotros tras larga ausencia, que ha sido para la autora de *Saul*, *Baltasar* y *Alfonso Munio* una serie de triunfos. Apenas pisó nuestras playas fué felicitada por una comision del Liceo y por muchas personas notables de la Habana.

En la noche del 7 del actual tuvo efecto en la casa del conocido filarmónico D. Onofre Morejon, la fiesta lírico-literaria consagrada á la llegada de esta célebre poetisa. Lindas estatuas, bonitos candelabros, grandes ramos de flores y otros graciosos adornos decoraban los espléndidos salones. El piso se alfombró de paño rojo. Tomaron parte en esta funcion varios de nuestros mejores poetas, nuestros mas distinguidos músicos, algunos jóvenes cultivadores de las letras poco conocidos aun entre nosotros, y las aventajadas filarmónicas señoritas Doña Matilde Bermejo, Doña Francisca Leon, Doña Irene y Doña Isabel Justiniani, Doña Clorinda Corvizon, Doña Matilde Pierra y la señora Doña Isabel Mendiola de Urbizu.

La insigne escritora, la ilustre Avellaneda saludó á los cubanos en estos sentidos versos:

## SALUDO A CUBA.

Perla del mar! Cuba hermosa!  
despues de ausencia tan larga  
que por mas de cuatro lustros  
conté sus horas infaustas,

Torno al fin, torno á pisar  
tus siempre queridas playas,  
de júbilo henchido el pecho,  
de entusiasmo ardiendo el alma.

¡Salud, oh tierra bendita,  
tranquilo eden de mi infancia,  
que encierras tantos recuerdos  
de mis sueños de esperanza!

¡Salud, salud, nobles hijos  
de aquesta mi ardiente patria!...  
¡Hermanos que haceis su gloria;  
¡Hermanas que sois su gala!

Salud!... Si afectos profundos  
traducir pueden palabras,  
por los ámbitos queridos  
llevad, ¡brisas perfumadas

Que habeis mecido mi cuna  
entre plátanos y palmas!  
llevad los tiernos saludos  
que á Cuba mi amor consagra.

Llevadlos por esos campos  
que vuestro soplo embalsaman  
y en cuyo ambiente de vida  
mi corazón se restaura.

Por esos campos felices,  
que nunca el cierzo maltrata  
y cuya pompa perenne  
melífluos sinsontes cantan.

Esos campos do la seiba  
hasta las nubes levanta  
de su copa el verde toldo



que grato frescor derrama.

Donde el cedro y la caoba  
confunden sus grandes ramas,  
y el yarey y el cocotero  
sus lindas pencas enlazan.

Donde el naranjo y la piña  
vierten al par su fragancia;  
donde responde sonora  
á vuestros besos la caña.

Donde ostentan los cafetos  
sus flores de filigrana,  
y sus granos de rubíes,  
y sus hojas de esmeraldas.

Llevadlos por esos bosques  
que jamás el sol traspasa,  
y á cuya sombra poética  
do refrescáis vuestras alas,

Se escucha en la siesta ardiente,  
cual vago concento de hadas,  
la misteriosa armonía

de árboles, pájaros y aguas,  
Que en soledades secretas,  
con ignotas concordanancias  
susurran, trinan, murmuran  
entre el silencio y la calma.

Llevadlos por esos montes  
de cuyas vírgenes faldas  
se desprenden mil arroyos  
en limpias ondas de plata.

Llevadlos por los vergeles,  
llevadlos por las sabanas  
en cuyo inmenso horizonte  
quiero perder mis miradas.

Llevadlos férvidos, puros,  
cual de mi seno se exhalan,  
(aunque del labio el acento  
á formularlos no alcanza).

Desde la punta Maysi  
hasta la orilla del Mantua;  
desde el pico de Tarquino  
á las costas de Guanaja.

Do quier los oiga ese cielo  
al que otro ninguno iguala,  
y á cuya luz, de mi mente  
revivir siento la llama.

Do quier las oiga esa tierra  
de juventud coronada,  
y á la que el sol de los trópicos  
con rayos de amor abrasa.

Do quier los hijos de Cuba  
la voz oigan de esta hermana,  
que vuelve al seno materno,  
después de ausencia tan larga,

Con el semblante marchito  
por el tiempo y la desgracia,  
mas de gozo henchido el pecho,  
de entusiasmo ardiendo el alma.

Pero ¡ah! decidles que en vano  
sus ecos le pido á mi arpa,  
pues solo del corazón  
los gritos de amor se arrancan!

Habana 30 de Noviembre de 1859.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Y puesto que hablamos de artistas y de poetas  
anunciaremos que en la semana próxima tendrá lugar  
en Matanzas un concierto dado por Góngora, pianis-  
ta español, el violinista White y el trágico Lacoste.

FEBRERO.

Los dos primeros tienen preparadas varias piezas esco-  
gidas y el último pronunciará la *Oracion por todos* de  
Victor Hugo, traducida por el célebre poeta venezola-  
no Andrés Bello, y el bellissimo canto á *Fidelia* de  
Juan Clemente Zenea, canto que conocen los lectores  
de *La Moda*, y tal vez *Las ruinas de Itálica* de Rio-  
ja, que son las tres composiciones castellanas que ha  
estudiado con mas esmero. En el libro titulado *Amé-  
rica Poética* publicado en Valparaíso en 1846 está in-  
serta *La oracion por todos*, de Andrés Bello, que  
es sin disputa alguna uno de los primeros poetas del  
siglo.

Nuestros temporadistas, después de haber pasado  
la estacion del calor en los pueblos de baños, hacen  
ya su viaje de retorno á la Habana, á semejanza de  
la golondrina, que despues de algunos meses de au-  
sencia vuelve gozosa á la abertura del tejado ó á la  
grieta de la pared donde nació. Pero las pascuas de  
Diciembre se aproximan y nuestras familias principa-  
les nos abandonarán otra vez para pasar en sus inge-  
nios esos alegres dias, lejos de la enojosa etiqueta de  
la capital, disfrutando las costumbres sencillas y puras  
de la vida campestre; alegres dias que son en nuestro  
pais la época señalada para dar principio al corte de  
las cañas de azúcar que ejecutan nuestros esclavos  
en medio del silencio de los campos, abrasados por el  
fuego del sol tropical, al compás de sus cantos tristísi-  
mos y melancólicos, cuyas lánguidas cadencias se mez-  
clan al ruido monotonó y acompasado de las ruedas de  
las máquinas, que estraen de las doradas cañas ese  
dulce tan exquisito y codiciado en todos los mercados,  
que constituye la riqueza principal de esta isla y que  
figura en todos los paises en la frutera de plata del  
potentado y en el jarro de hoja de lata del artesano.

La Habana ha presenciado hace pocos dias una es-  
cena solemne y conmovedora, semejante á la que Cha-  
teaubriand, llorando, nos describe con mágica pluma  
en el *René*. La señorita Angelina Villarino daba el  
último adios al mundo recorriendo de convento en  
convento las calles de la poblacion acompañada de  
sus amigas. La comitiva se despidió de la nueva des-  
posada de Dios en el convento de Sta. Clara, donde  
quedó muerta para los hombres la jóven religiosa.

Amalia Ramirez, la graciosa artista que durante  
dos años ha sido la delicia del público gaditano, se ha  
captado las simpatías de los habaneros. Esta virtuosa  
jóven ha recibido muchos aplausos, muchas flores y  
muchas coronas. En *La Colegiala* obtiene siempre  
un éxito envidiable.

En el pequeño círculo literario de la Habana se ha  
recibido con dolor la noticia de la muerte del patriar-  
ca de la literatura americana, el célebre historiador,  
novelista y diplomático Washington Irving. Este  
ilustre literato vivía en una preciosa quinta á orillas  
del Hudson. Allí, gustando las delicias de la familia,  
en medio de unos campos que desplagan la gracia y  
energía salvaje de la naturaleza selvática y sublime  
de América, llevaba una vida apacible, solitaria y  
contemplativa, entregado al estudio y á la meditacion.  
Murió repentinamente á los setenta y siete años.

Ha escrito la vida de Cristóbal Colon, la Conquista  
de Granada y los Cuentos de la Alhambra. Su nombre  
es popular en todos los paises civilizados.

Apenas se supo en Nueva York este triste aconte-  
cimiento, todos los buques pusieron la bandera á me-



dia asta y los balcones y ventanas de los principales edificios se adornaron con cortinas negras, en demostración de duelo público.

Sus obras han tenido una aceptación universal. Durante los diez últimos años le produjeron la cantidad de setenta y cinco mil pesos fuertes.

Hay hombres, como Washington Irving, que no debían morir nunca. La muerte de uno de estos hombres debe ser considerada como una desgracia universal.

En breve el célebre Zorrilla volverá por tercera vez á esta capital. Se encuentra ahora en Méjico donde es mimado y acariciado por la sociedad escogida de la hermosa patria de Motezuma.

El pianista Góngora ha dado en el Liceo un concierto que le produjo después de cubierto los gastos, mil doscientos duros, es decir, veinte y cuatro mil reales de vellón.

Las diversiones no escasean. En el gran teatro alternan sus funciones la compañía de ópera italiana y la de zarzuela. En el coliseo de la Puerta de Colon trabaja una compañía dramática de mediano mérito. La compañía ecuestre de Chiarini ofrecerá sus funciones en un circo improvisado, frente al campo de Marte, inmediato á la fuente de la India. Tenemos tres panoramas que exhiben las vistas de las batallas de la última guerra de Italia. En los salones de la Bolsa, en los de Sta. Cecilia y en los altos del café de Escariza se verifican todos los domingos bailes de máscaras. Los días festivos la gente alegre y bulliciosa se dirige por el ferro-carril cubano al Carmelo, pueblo de pescadores situado á una legua de esta capital, á orillas del mar y del río Almendares, en cuyo pintoresco pueblecito hay baile por la mañana y por la tarde, juegos de sortija, comedias de costumbres, etc.

En el Liceo científico, artístico y literario de esta ciudad, al que asiste una concurrencia escogida, hay una vez á la semana baile y función dramática. El Sr. Morejon invita á sus amigos una ó dos veces al mes á sus conciertos, que propenden al desarrollo del gusto del divino arte de la música, tan generalizado entre las habaneras.

En breve tendremos el placer de aplaudir otra vez á Keller, que recorre las principales poblaciones de la isla exhibiendo sus admirables cuadros sacros que tantos elogios han merecido de la prensa de todos los países. Keller se presentará en nuestro gran teatro, en ese hermoso teatro donde hemos aplaudido á artistas de mérito tan sobresaliente como Fanny Esler, Salvi, Jenny Lind, Marini, Ronconi, Matilde Diez, Lagrange, Rachell, la Bossio, la Frezzolini, la Gazzaniga etc.

La Habana va á coronar á la Avellareda. Este acto solemne se efectuará el 15 de Enero en el gran teatro, no verificándose en el Liceo porque los salones de este instituto no bastan para contener la escogida y numerosa concurrencia que asistirá á presenciar la coronación de la célebre poetisa cubana. El pianista Gottschalk compondrá el himno que se ha de cantar en celebridad de este acontecimiento y el eminente violinista White ejecutará una fantasía espresamente escrita para este acto, cuyo recuerdo ocupará la página mas brillante de la historia de la literatura de

nuestra querida patria, tan bella y tan digna de toda clase de felicidades.

Segun los datos publicados en un periódico de esta ciudad, el empresario de la ópera italiana en nuestro gran teatro, que es el primer teatro de América, gana cada mes 35.000 duros, sumando el producto de los cuatro meses de temporada, 140.000 duros. No es extraño: cada luneta y entrada cuestan dos pesos y cada palco con seis entradas cuestan 14 duros.

A pesar de tan excesivos precios nuestro hermoso teatro siempre está lleno. Esto prueba dos cosas: que la Habana es una ciudad opulenta y que los habaneros aman mucho la música.

La noche de la apertura del Bazar que la sociedad de Beneficencia ha llevado á cabo para aumentar sus fondos, era proclamada por todos los concurrentes reina de la hermosura y de la elegancia, una bellísima cubana, la condesa de San Antonio, digna esposa del Capitan general de ejército y de la isla de Cuba D. Francisco Serrano. Nuestra compatriota que ha cautivado entre nosotros numerosas y envidiables simpatías, estaba encantadora, admirablemente encantadora. Llevaba traje blanco, corona de flores de naranja y un rico aderezo de esmeraldas que deslumbraba la vista y aumentaba la peregrina belleza de la ilustre hija de Cuba.

La concurrencia que asiste todas las noches al Bazar es inmensa. Varias señoritas de la buena sociedad habanera, venden las papeletas de rifa. La primera noche produjo esta venta dos mil trescientos duros. Los salones del Bazar, profusamente alumbrados, están llenos de espejos, tocadores, juegos de café, jarras de china, canastillos de flores, adornos de tocador, fruteros de plata y juguetes de fantasía.

JULIO ROSAS.

## LA MUJER.

La mujer es el secreto mas sublime de la naturaleza, la página mejor escrita del libro de la creación. Llena de misterios y de atractivos, ha sido formada para el amor y el pudor. Toda ternura, toda belleza, dotada de sensibilidad exquisita, ha recibido del cielo cierta cosa divina. Yo amé á la naturaleza con las veras de mi corazón, cuando una vírgen, hija de un pescador de mi patria, hermosa como el desierto con todos sus perfumes, con todas sus armonías, me hizo gustar las fruiciones del amor. Destruid la obra mas peregrina, mas seductora de la creación, eclipsad la estrella mas linda que fulgura en el horizonte de nuestra vida, marchitad la flor que embellece nuestros días, y convertiréis el mundo en un páramo desierto, y secareis vuestra alma cual árbol al que faltó la genial influencia del astro vivificador, y privareis de la mas tierna melodía á las soledades del corazón.

Es la mujer rosa del cielo, ángel de paz, sol de esperanza, iris de alegría, aurora de felicidad, copa de cristal en cuyos bordes saboreamos la miel de la ventura, río trasparente que se desliza por el vergel de nuestras ilusiones.

Examinadla en todas sus fases. Siempre buena, siempre dulce, nos consagra todo su ser desde el momento que nos suspende á sus pechos para darnos á



beber el agua de la vida, hasta que reclinamos nuestra cabeza en su seno para dormir el sueño de las tumbas.

Mientras somos niños guía nuestros pasos, vela nuestro sueño, evita el peligro á que nuestra inesperienza nos conduce. Prívesenos de estos cuidados y morirémos. Cuando somos hombres desliza en nuestro corazon los encantos del amor, flor de la tierra perfumada con esencia del cielo; enjuga nuestras lágrimas, recoge nuestros suspiros, nos alienta en la desgracia, nos acompaña al ostracismo, nos consuela en la cautividad, nos asiste en el lecho de las enfermedades. Siempre adherida á nosotros, como la idea al pensamiento, nos sigue á todas partes. Abandona sus comodidades, si la necesidad lo requiere, y trabaja con admirable resignacion para alimentarnos. Siempre generosa, como amante admite con facilidad las excusas del querido de su corazon; como madre, olvida y perdona los agravios de sus hijos.

Naturalmente tímida, se muestra animada de valor heroico cuando defiende los objetos que ama. Recorred la historia de todos los países y en cada página hallareis multitud de casos en los que la mujer se ha sacrificado por sus hijos y por sus amantes. Amorosa y constante, nunca nos abandona y arrostra toda clase de fatigas y de privaciones para acompañarnos en la desgracia. Cuando ama de veras su cariño no tiene límites: con guirnalda de flores y broches de diamantes nos une al carro de la peregrinacion.

La mujer nos hace amar la vida; nos inspira ideas elevadas. Por ella queremos vivir, por ella ambicionamos lauros y coronas para deponerlas á sus pies. A su lado concebimos delirios fantásticos y pulsamos la lira de los amores para cantar dulces endechas. ¿Qué hombre no es poeta cuando ama en el abril de sus dias?

¡Oh mujer! Yo te amo con la verdad, con la pureza que amo la virtud. Esa graciosa coquetería que realza tus atractivos, ese encanto indefinible que tienen tus acciones, ese perfume embriagador, suave, poético, que exhala tu ser, ese amor maternal que Dios ha colocado en tu corazon, esa constancia, esa ternura, esa sensibilidad que te distinguen, me hacen bendecirte y amarte.

Sí, el hombre ha nacido para amar á la mujer. Vivir sin amar no es vivir: es colocarse al nivel de las bestias. El corazon que no ama es un desierto sin armonías, una primavera sin flores. Es preciso creer en el amor, es preciso amar á la mujer, á esa bella mitad de nuestra alma que comparte con nosotros el pan de la vida, que endulza nuestras penas y aumenta nuestras alegrías.

Sin la mujer sería imposible la existencia de la sociedad. Sin la mujer vejetarian llenos de tedio y de amargura tanto el salvaje, que peregrina por los campos primitivos de la naturaleza cantando las maravillas de la creacion con las armonías de la soledad, como el hombre que lleno de egoismo y mala fé recorre los suntuosos salones de sus marmóreos alcázares, tejiendo la urdimbre de la intriga para oprimir y dominar á los demás. Sin la mujer hallaríamos en nuestra existencia un abismo inmenso y llenos de vida habitaríamos un mundo vacío.

En la mujer todo es misterioso: su amor: su pudor, su timidez, sus formas, su desarrollo, su virginidad, su concepcion. En la mujer todo es encantador: sus miradas, sus sonrisas, sus movimientos, el timbre metálico de su voz, el perfume de su cabellera.

Cuando llora presenta atractivos irresistibles. Cuando rie desliza la alegría en nuestra alma. Si suplica, presta á su acento una inflexion tan tierna y conmo-

vedora, que no podemos negarle nada. Si manda, nos sentimos misteriosamente subyugados, sin comprender por qué un ser tan débil y tímido ejerce sobre nosotros tal imperio.

Los recuerdos de la tierra natal tienen una dulzura divina cuando son cantados por sus labios. La desgracia es sobrellevada con cierto placer cuando derrama en nuestro corazon la ambrosía del consuelo. Sus besos de amor, sus castas caricias, sus palabras de ternura, tienen un no sé qué celestial.

¡Cuán dulce es pensar en extranjera playa que á la sombra de los árboles de la patria tenemos una madre, una hermana, una esposa, una amiga ó una amante, que nos consagra un recuerdo! ¡Cuán dulce es pensar que mientras estamos ausentes tenemos una mujer que en el silencio de la noche, al resplandor de la luna, exhala un suspiro al acordarse de nosotros! ¡Cuán dulce es pensar que cuando haya dejado de existir todo cuanto en nosotros hay de mortal, no faltará una mujer que reclinada en nuestra tumba tributará una lágrima piadosa á nuestra memoria!

La mujer ama con mas vehemencia que el hombre, porque es mas tierna y sensible. Tambien es mas constante, mas dulce, mas cariñosa. Su estilo es sencillo y procede del corazon: esta sublime sencillez es siempre natural, nunca puede ser efecto del arte.

La coquetería es natural en la mujer, le gusta brillar, llamar la atencion, realzar sus gracias con las galas de la moda.

A su contacto nos estremecemos de placer. Las horas pasadas á su lado nos parecen rápidas.

La mujer, en fin, es una emanacion del cielo, un ángel de candor é inocencia, un ser misterioso que nos dá á conocer la existencia de lo infinito.

Perdona, ¡oh mujer! oh gota de oro en el rosal de la vida! perdona á tu trovador si no te ha cantado dignamente, y premia su deseo de cantarte con una sonrisa, dulce como tus suspiros de amor, como los besos que imprimes en la frente de tus hijos.

Habana.—JULIO ROSAS.

## LAS HIJAS DEL CID.

CANTO HERÓICO.

POR

DON JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

(CONCLUSION).

El Cid prudente, á par de audaz y activo,  
Observaba al contrario cauteloso,  
Y en sus resoluciones decisivo  
Ordenaba su ejército animoso;  
Reservado, resuelto, ejecutivo;  
Siempre imploraba al ser justo y piadoso;  
Y toda grande empresa y arriesgada  
Al cielo la dejaba encomendada.

Su aparente inaccion al africano  
Halagó, que su triunfo ya creía  
Presuntuoso, temerario, vano:  
La cordura tomó por cobardía;  
Y pensó anonadar al castellano  
Que astuto sus designios encubría:



Mas al llegar la noche tenebrosa  
Dispuso su embestida belicosa.

Sus batallas formó, con mil flecheros  
Con seiscientos caballos escogidos,  
Mandados por intrépidos guerreros,  
Que hizo apostar en sitios convenidos  
Para que en el rebato, los primeros  
Embistiesen resueltos, decididos  
Por la espalda á los fieros africanos  
Cuando se presentasen mas ufanos.

Y á los infantes colocó cuitoso  
En el ala derecha, reservada  
Para embestir en trance mas forzoso  
A la morisca turba mas osada;  
Y el mismo Cid con ánimo fogoso  
Decidir la refriega preparada:  
Esperaba la luz apetecida  
Para dar la señal de arremetida.

La Aurora apareció clara y luciente:  
Sonó el clarín y acometió animado  
Al contrario orgulloso é insolente  
Que se embriagaba en su poder soñado:  
Mas lo halló adormecido é indolente;  
En su número inmenso confiado;  
Y que azaroso y débil combatía  
Sin esfuerzo, denuedo ni osadía.

Notó indignado en tanto y pesaroso  
La inacción, timidez y la reserva  
De los dos condes: mas su ardor honroso  
Y su arrogante espíritu conserva:  
Pero al verlos cejar, corrió brioso  
Con su imponente y bélica reserva  
Y logró contener con su denuedo  
Aquel trastorno que produjo el miedo.

Triunfó de su enemigo, y en su pecho  
La imagen del honor mística, ultrajada,  
Se resentía con fatal despecho,  
La escena del Leon fué recordada:  
Tan degradante y deslustrado hecho  
Alteró su quietud nunca alterada,  
Y amonestó enojado á los infantes  
Con palabras severas y punzantes.

Nació la desunion, y la rencilla  
Crecía inaplacable, torpe y dura:  
La hermosa confianza, y sin mancilla  
Se trocó en odio y en zozobra oscura:  
Hasta que los infantes á Castilla  
Como reparacion firme y segura  
Volverse dispusieron, y enojosos  
Llevando á sus consortes cautelosos.

Elvira y Sol la nueva recibieron  
Con intenso dolor de la partida,  
Y en afectos tristísimos siguieron  
Sufriendo su dolencia reprimida:  
Mas al justo deber se sometieron  
Resignadas á suerte tan sentida,  
Y al destino sumisas se entregaron  
Y á emprender el camino se aprestaron.

"Idos en paz, pedazos de mi alma"  
Les dijo el noble viejo con ternura:  
"Gozad la dulce y deliciosa calma  
"Que de mi pecho arranca la tristura,  
"Que agosta mis laureles y mi palma  
"Convirtiendo mi dicha en amargura."

Y les tendió sus brazos amorosos  
Con ósculos y afectos cariñosos.

¡Cómo es verdad que el corazon se alienta  
Con un don venturoso y fortunado,  
Y disfruta de un bien que lo sustenta  
En agradable y delicioso estado!  
Y en la contraria suerte se alimenta  
Por la pena ó pesar atormentado,  
Sin hallar en la tierra aquel consuelo  
Que encuentra solo en el favor del cielo!

En arrogantes potros cabalgados  
La marcha los infantes emprendían,  
De domésticos fieles rodeados  
Y hácia Castilla rápidos seguían;  
No satisfechos, tristes y enojados  
Por los denuestos que en su honor sufrían,  
Y en lindas acanéas ostentosas  
Iban en pos las damas silenciosas.

El corazon del Cid latía en su seno:  
Inquieto y agitado se mostraba  
De zozobra, de angustia y dolor lleno:  
Angustia que su alma contristaba,  
Su reposo perdió, y aquel sereno  
Esplendor que su espíritu realzaba,  
Y al ver marchar sus hijas parecía  
Que á impulsos de su pena sucumbía.

Algun desmán ó un hecho poco grato  
Su continua ansiedad le presagiaba:  
Un funesto inaudito desacato  
De los condes sus yernos esperaba,  
Y con suma reserva y gran recato  
A su sobrino Ordoñez encargaba  
Que oculto tras sus hijas caminase  
Y los sucesos todos observase.

Jimena en aflictivo y triste estado  
Con incesante y espresivo celo,  
Y el dolor en su pecho recatado,  
Prodigaba su amor y su consuelo  
A su esposo abatido y contristado,  
Entregado á su misero desvelo;  
Aunque perdida ya toda esperanza  
Y su pasada dicha y bienandanza.

Atravesando montes y llanuras  
Lejos ya de Valencia se encontraban  
Con Elvira y con Sol bellas y puras  
Los infantes, y ufanos se gloriaban  
En tierras para ellos mas seguras;  
Y cuando en los robledos se engolfaban  
Con mentidos halagos se espesaron  
Y entre aquellas malezas las bajaron.

Un alma noble, un corazon sensible  
Olvida aquel agravio ó desconcierto  
Que producía un mal indefinible,  
Y torna á su ventura ó su concierto:  
Mas los infantes su aversion terrible  
Mantengan con ánimo encubierto  
Y á sus dignas consortes, insolentes,  
Ultrajaron resueltos é inclementes.

Insultos y dicterios prodigaron  
A las hijas del Cid, que doloridas  
En vano lastimosas se quejaron  
A tan bárbara escena sometidas:  
Sus quejas y lamentos no escucharon  
Pasando á otras acciones desmedidas



Que el pudor ó el decoro no consiente  
Que se refieran y el honor las sienta.

Entre zarzales tetricos y añosos  
Atadas á dos robles las pusieron  
Y ellos altivos, fieros, jactanciosos  
Hacia Burgos su marcha prosiguieron:  
Y algunos que se hallaron temerosos  
En aquel rudo trance, se reunieron  
A Ordoñez y piadosos las soltaron  
Y á Valencia celosos las llevaron.

El Cid su indignacion contuvo altiva,  
Al saber tal ultrage, aquella ofensa  
Reparacion clamaba, y decisiva,  
Su honra manchada natural defensa,  
Su nombre y fama tan brillante y viva  
Una venganza reclamaba inmensa;  
Mas su queja produjo ante la ley  
Y la justicia reclamó del rey.

Seguido de sus deudos y parciales,  
Dejó su residencia suntuosa,  
Sus insignes guerreros y leales,  
Y á Toledo marchó con animosa  
Escorta, con clarines y atabales  
Su insignia tremolando poderosa:  
Y llegó con entera confianza,  
Seguro de su triunfo y su venganza.

"Señor" le dijo al rey "justicia os pido,  
Pudiendo yo tomarla por mis manos  
Por mi desnudo y mi valor servido:  
Esos condes injustos y tiranos  
De Carrion, mi fama han deprimido  
Deshonrando á mis hijas inhumanos:  
Guardad ¡ó rey! mi honra mal segura,  
Pues Dios guarda la vuestra limpia y pura."

Recibió Alfonso al Cid dulce y afable,  
Oyó aquel hecho y pérvida aventura,  
Y mandó que un consejo inexorable,  
Que presidió con orden y mesura,  
El conde de Tolosa infatigable  
Dictase su sentencia con premura,  
Y resolvió dar cima á la rencilla  
Por armas, segun fuero de Castilla.

En Carrion se ejecutó aquel duelo:  
Por Elvira y por Sol se presentaron  
Con ardoroso brío y noble anhelo,  
Martin, Nuño y Bermudez que mostraron  
Como deudos del Cid cumplido celo;  
Con esfuerzo gentil los tres lidiaron  
Para lavar aquella mancha impia  
Que al arrogante Cid tambien cubría.

Con don Suero Gonzalez los infantes  
Comparecieron en la lid cruenta,  
Tímidos, aunque ufanos y arrogantes,  
A sostener su fulminada afrenta:  
Y reunidos los jueces espectadores  
Sonó la trompa ronca y macilenta,  
Y los seis contendientes se embistieron,  
Y sus fuerzas intrépidos midieron.

De pardas nubes se cubrió la esfera,  
Y el Sol veló su luz triste y turbado;  
El día declinaba su carrera  
Como sintiendo el choque despiadado,  
El austro aterrador con rabia fiera  
Envolvía el concurso desmayado,

Que en ansiedad horrible parecia  
Al término llegar que presentia.

El polvo confundió á los combatientes,  
Y solo se escuchaba un ruido horrendo  
Mezclado con los ecos estridentes  
Del clarin belicoso; y repitiendo  
Golpes en los escudos resistentes  
Que el fragor aumentaban y el estruendo;  
Y cuanto mas la lucha se empeñaba  
Mas el ansiado fin se dilataba.

Creció la confusion y los gemidos  
Del vencido infeliz estremecieron:  
Don Suero sucumbió: yertos, rendidos  
Los infantes exánimes cedieron;  
Con su orgullo y sus armas confundidos;  
Al vencedor las vidas le debieron;  
Que á las bellas Matronas aclamaron,  
Y el hecho portentoso publicaron.

Limpias y puras de la infame afrenta  
Y del misero ultrage, el Cid gozoso  
A sus hijas del alma allí presenta,  
Su alto renombre restaurado, honroso:  
Se disipó la niebla y la tormenta  
Que envolvía su espíritu ardoroso;  
Pues la virtud unida á la esperanza  
Vence la sinrazon y el triunfo alcanza.

---

## ADVERTENCIA.

Por haber llegado con algun retraso á nuestras manos la revista correspondiente al mes de Diciembre, no nos fué posible darla en el cuaderno de 1.º de Enero. Esperamos que nuestros suscritores sabrán dispensarnos tal omision.

A continuacion insertamos la que corresponde al presente número.

## REVISTA DE MADRID.

Háse convenido en que el siglo XIX es el siglo de la ilustracion y del progreso.

Yo no lo desmentiré.

Pero me ocurre que si este siglo comenzó por ser ilustrado, hoy que entra en los sesenta años de su edad, debe reunir un tesoro inapreciable de sentido comun, de buen gusto y de sensatez.

En la vida real, el hombre ilustrado nunca llega á desplegar con mas madurez sus conocimientos que á los sesenta años. Un sexagenario ilustrado es objeto de la mayor veneracion y respeto, porque á esta edad es cuando el talento y la sabiduría del hombre se manifiesta en todo su vigor.

Antes de esta edad el hombre es siempre inesperto. Tiene mucho de niño.

Mas viejo entra en la decrepitud... la decrepitud es compañera inseparable de la chochez, y dicho se está que, el hombre, en el estado de chochez, se convierte nuevamente en niño.



Sentado pues, que nunca brilla tanto la sabiduría del hombre como á los sesenta años, debemos suponer que el siglo de la ilustración y de las luces ha entrado con el año sesenta en su edad mas lozana y de mayor provecho; pues andando el tiempo se hará viejo, luego decrepito.... y ya hemos dicho que de la decrepitud á la chochez no hay mas que un paso.

¿Qué podrá ofrecernos el siglo á los ochenta ó á los noventa años?

¿Por ventura á semejante edad no hay que sacar á los viejos con lazarillo á que les dé el sol?

Habiendo llegado el siglo á su edad madura, y siendo este el siglo de la civilización, debemos suponer que Madrid ha de ser una población de sabios, ó por lo menos de personas perfectamente ilustradas.

Que para eso Madrid es la capital de las Españas!

Oh! Desdichados *escritorzuelos*, aquellos del tiempo del romanticismo (hablo de Larra y Espronceda) que no encontraban para escribir sus revistas otro campo que el de la murmuración y el de la sátira contra las costumbres de sus coetáneos y paisanos! Si hoy vivieran, de seguro que se verían precisados á enmudecer; porque, Madrid es ya una población ilustrada, y no presta asunto ni para la sátira ni para la caricatura.

¿Qué habían de hacer gentes tan bobaliconas y tan tontas como Larra y Espronceda, en una población de sabios como es el Madrid de hoy?

Pero dejémonos de reflexiones que á nada bueno conducen, y presentemos una muestra práctica de los adelantos de esta capital.

Hace aun pocas noches me hallaba un tanto displicente y sin muchas ganas de salir de casa.

Eran las siete y acababa de comer.

De pronto sonó la campanilla de la habitación, y entró en mi estancia un mozo á quien había conocido la noche antes en el teatro del Príncipe.

—Buenas tardes, querido, me dijo abrazándose á mí antes de que yo tuviera tiempo de levantarme de mi asiento para recibirlo dignamente. Has concluido, eh? Lo siento, porque hubiera tenido mucho gusto en acompañarte á la mesa.

—Venía á comer! pensé con sorpresa; pero supuesto ya de ella, le contesté;

—No hay nada perdido por eso, amigo. Siento también yo que por no haberme pasado un aviso á tiempo, haya V. dado lugar á que yo me adelantase; pero si V. no lo toma á mal, se mandará traer de la fonda.... Usted sabe que los que vivimos á pupilo....

—Ya, ya lo sé. Pero no hay que incomodarse. Comer aquí ó en casa de Zapardiel, lo mismo dá. Todo se reduce á esperar aun algunas horas, ó lo que es lo mismo, resolverse á cenar en vez de comer. Y á propósito, á eso vengo; á proponerte si quieres que te presente en casa de Zapardiel. Magnífica y brillante reunión, por estilo de las de casa de Montijo. Dan té! Un abundante y succulento té!

—Convengo en que será abundante; pero en lo de succulento....

—Hombre! Entendámonos. El té no será succulento; pero las viandas, el vino y los dulces.... porque ya sabes que, cuando se trata de una reunión de esta clase, entendemos por té....

—Ya, ya! Comprendo. Y V. se propone....

—Hombre! Es natural. Pero por qué no me tuteas, como lo hago yo contigo.

—Le diré á V. Como nuestro conocimiento data de ayer....

—Bah! bah! Entre estudiantes....

Tentado estuve de formalizarme de veras para advertir al impertinente mozo que hacia muchos años que yo no frecuentaba el aula de las Universidades; pero comprendí que no debía tomarlo por lo serio, y contesté en tono festivo.

—Es verdad, chico. Entre estudiantes el respeto está de mas. Hablemos, pues, como buenos camaradas. ¿Dónde dices que piensas llevarme?

—A la reunión de casa Zapardiel.

—Y quién es ese señor?

Un alto empleado en Hacienda. Tiene treinta mil reales de sueldo.

—Y es buena familia?

—Muy buena. La hija está relacionada con la flor de la aristocracia madrileña, y aun creo que debe haber un título entre los individuos de la misma familia.

—Por manera que, la reunión de esta noche....

—Oh! Debe ser brillante.

—Habrá que ir de etiqueta.

—Eso sí; de rigurosa etiqueta.

—Es verdad. Y yo que no te había reparado.... Pero veo que lo has tomado con tiempo. Son las siete y cuarto....

—Te diré. Hemos de ir temprano, porque yo necesito hablar largamente á Teresa, antes que comiencen á llegar los convidados.

—Y quién es Teresa?

—Pues, la hija de la casa, la de Zapardiel.

—Ah! Tienes amores?

—Con ella precisamente no, porque es muy sucia. Con una amiga suya.

—Tan sucia como ella?

—No, voto á tal! Eso no; que mi Emilia es linda, limpia y agraciada como una gacela. Te presentaré también á ella, y te convencerás de la verdad. Pero anda, comienza ya á vestirme, que la *soirée* empieza á las diez, y yo necesito estar allí una hora y media antes.

Obedecí sin replicar; pero en el curso de la conversación, que tuvo lugar mientras me mudaba de traje, le pregunté varias veces si asistirían á la reunión de casa Zapardiel muchas damas de la aristocracia, á la cual me contestaba siempre:

—Ya verás, ya verás. Te vas á quedar vizco.

Con tales pronósticos juzgué que debía presentarme lo mas aseado que fuese posible, y al efecto busqué en mi cómoda mi mejor camisa, mis mas flotantes pantalones, el chaleco mas nuevo y el indispensable frac. Y por cierto que la corbata fué objeto de un altercado con la patrona, porque había



tenido la inadvertencia de no almidonarla bastante.

En fin, cuando estuve ya hecho un paquete de buen gusto, salí acompañado de Medina (así se llamaba mi improvisado camarada) en busca de un peluquero que me afeitara y que me diese un baño de esa *mugrienta* bandolina con que acostumbran los tales á ensuciar la cabeza de sus parroquianos.

—Qué vá á ser?—preguntaron los mancebos de la peluquería al vernos entrar.

—Afeitar y peinar—contestó Medina desdeñosamente.

Y se sentó sin ceremonia.

Luego que los *coiffeurs*, como él los llamaba (sin duda por creer de mejor tono la palabrilla francesa), hubieron dada por terminada su tarea, mi amable camarada echó mano al bolsillo del chaleco, y al encontrarlo exhausto me dijo:

—Amigo, me lo he dejado en el otro. Por vida mía! Esto es lo que tiene mudarse de prisa.

—No te apures, contesté sacando mi humilde bolsillo; que, aunque yo también me he puesto vestido nuevo, no por eso he perdido la memoria.

—Oh! buen amigo! Tú siempre has de ser previsor!

—Sí, sí. (Te comprendo! murmuré torciendo el gesto).

Y salimos con dirección á la casa de Zapardiel.

Al llegar encontramos las puertas de la habitación abiertas de par en par, y las señoras de la casa que, muy afanosas, gritaban á las criadas:—«Cuidado! mucho cuidado; no sea que rompáis algún cristal con esas sillas.»

—Qué es esto?—pregunté á Medina, creyendo adivinar ya lo que pasaba.

—No sé, amigo mío;—me replicó—pero entremos.

Y efectivamente se introdujo en la habitación.

Yo le seguí.

—Tengo el gusto, señora,—dijo dirigiéndose á la mujer de Zapardiel—de presentar á V. un amigo mío del alma.

—Muy señor mío,—murmuró doña Rufina (que así se llamaba aquella señora) haciendo al mismo tiempo una ridícula inclinación de cabeza.

—Beso á V. los pies, señora,—la dije.

—Y yo á V. la suya,—contestó muy satisfecha.

—Pero este diablo de Medina! ¿Por qué lo ha traído V. tan temprano? Por V. no había caso, porque al fin es V. de confianza... pero este caballero...

—Es verdad,—esclamó entonces la señorita de la casa que acababa de entrar con dos enormes sillas de otra hechura y de otro color que las que en la estancia había.—Vaya una gracia de Medina! Traer un presentado para que vea que estos muebles no son de casa!

—Si incomodo....—dije dando un paso atrás para marchar.

—No, no señor: al contrario. Sino que este aturrido de Medina, como vé que le tratamos con confianza, no ha reparado en la inconveniencia de que V. se enterase de estas cosas... Y al cabo, ya vé V. como una no es muy rica para pagar una

casa grande, y las sillas de la habitación no bastarán para la mucha gente que esperamos esta noche....

—Es verdad, señora, es verdad.

—Está V.?

—Sí, sí, ya lo creo. Tiene V. mucha razón.

—Diablo de chiquillo!—decía con rabia la señorita al oído de Medina.

En esto entró una criada sucia y macilenta.

—¿Adonde van estas tazas?—preguntó.

—¿Fuera, déjalas fuera. Por vida de la estupidez de estas fámulas...!—dijo la vieja rechinando los dientes de coraje.—Vamos, está visto que en todo ha de andar una,—murmuró; y dirigiéndome otro saludo grotesco como el primero, se fué diciéndole:—con permiso.

Luego que quedamos solos Teresa, Medina y yo, me dijo mi camarada.

—Ea! amigo. Quitate los guantes y echa una mano en el arreglo de estas sillas. Así acabaremos antes.

Aunque con alguna repugnancia, hícelo así, y, en mi nuevo oficio de *tapicero adornista*, tuve ocasión de convencerme de lo conveniente que es tener una buena vecindad, porque indudablemente, allí habían venido á concurso las sillas de todas las casas que existían en el barrio. ¡Qué diversidad de colores, y de hechuras, y de dimensiones! Válgame Dios! A pesar de haber apurado todo nuestro ingenio para dar un tinte de buen gusto en la combinación de aquellos muebles, no logramos, ni con mucho, darles siquiera un viso de seriedad.

—Vaya! esto ya está, y no puede quedar mejor aunque venga aquí el tapicero de la Reina—dijo Medina.

—Es verdad, contesté.

—Pues entonces—replicó Teresa—puesto que todo está arreglado, voy yo á vestirme y al momento volveré á hacer á Vds. compañía.

—Sí,—dijo Medina—al momento! La *toilette* de la mujer, por término medio suele durar tres horas.

—No lo crea V. La mia es corta, y se vá V. á convencer bien pronto.

En efecto, no se hizo esperar mucho en el adorno de su tocado y de su vestido. Verdad que no debió gastar mucho tiempo ni mucha agua, en la limpieza de su cuello, cara y brazos; pero, en fin, la *toilette* de Teresa fue breve, y en esto quizás fué en lo único que aquella señorita dió pruebas de tener sensatez.

A la media hora de habernos dejado solos á Medina y á mí, volvió Teresa con su madre, vestidas y perfolladas ambas con un sin fin de adornos ridículos.

—No dirán Vds.,—gritó Teresa—que he sido pesada en mi tocado.

Yo miré á una especie de corona descomunal de flores amarillas que ceñía su frente y respondí.

—No, no ha sido mucho que digamos.

—Verdad que no?—preguntó doña Rufina mirando muy satisfecha á su hija.—Oh! Pocas señoritas hay en Madrid que empleen menos tiempo



que mi Teresa en su tocador. Figúrese V. que anoche estuvimos en la comedia...

—Mamá!—esclamó Teresa con el rostro encendido.—Ya vas á contarle todo?...

—Por qué no?—replicó doña Rufina mas que satisfecha.—Han de saber Vds. que mi hija va casi todas las noches á la comedia, ya con las del Pedroso, ya con las de Corres, con las de Corbera ó con las del Salar. Pero en fin, anoche se empeñaron estas últimas en que habia de ir yo tambien á ver esa gran cómica estrangera que se llama Ris... Ris...

—Sí, la Ristori.

—Pues, la *Ristori*. Es una gran comedianta, verdad?

—Sí, una gran trágica.

—*Trágica*, eso es.

—Pero mamá!

—Qué, hija! Todo se ha de decir. Pues señor, fuimos á verla, y, segun decian los entendidos, hizo muy bien la comedia.

—Mamá!

—Sí señor, yo no entiendo el francés, pero...

—Mamá!

—Qué tienes, hija! Por que diga que yo no sé el francés.... Y es la verdad; no lo entiendo; pero me gustaba mucho ver lo bien que la *Ristori* hacia el papel de reina. Sobre todo cuando se estaba muriendo y vino aquel hombre á que le pusiera la corona. Con qué energía se la volvió á arrancar de la cabeza, y con qué ansiedad la colocó y la sostuvo entre sus sienes!

—Bravo! bravo! dijo Medina.

—Por lo que escucho, repliqué, la tragedia que Vds. vieron se titula *Isabel de Inglaterra*.

—Justamente, dijo doña Rufina, *Isabel de Inglaterra*. Pero á mas si hablaban en inglés! Ahora caigo! Cómo habia yo de entender! Ya se me figuraba á mí que para francés, aquello era un poco oscuro.

—Sí, sí, contestó Medina con descaro; demasiado oscuro.

—Y las del Salar, qué decian? pregunté.

—Toma, contestó doña Rufina. Aquellas, como entienden todos los idiomas, lo encontraban muy bueno.

—Vamos, mamá, basta ya, suplicó Teresa, que sin duda debió sufrir mucho al oír las sandeces de su madre.—Has preparado todo? La gente vá á empezar á venir.

—Sí, sí, todo está preparado. Pero por si acaso voy á dar una vuelta á ver que hacen esas chicas. Es un trabajo el que tenemos con las criadas! añadió dirigiéndose á mí. Figúrese V. que casi siempre estamos sin criada....

—Mamá!

—Has dicho á la lavandera que venga esta noche á ayudarnos?

—Sí; pero mamá!....

—Y á la carbonera de en frente?

—Tambien, pero....

—Y á la criada del piso segundo?

—Tambien, tambien; á todas! No las has visto ya ahí...?

—Es verdad. Anda una tan aturdida en noches de reunion...! Voy á ver, voy á ver.

—Jesus,—esclamó Teresa luego que doña Rufina hubo salido.—Vds. disimularán, mi pobre madre es tan afanosa de los quehaceres de su casa, que pasa su vida sin salir á ninguna parte. Apenas sabe lo que es el trato de sociedad; pero en fin, es una buena madre y una buena esposa....

—Ya, ya se le conoce, dijo Medina. Por lo demás mi amigo es bastante sensato para haberlo comprendido así.

Yo hice un ligero movimiento de cabeza como asintiendo á todo, y la cosa no tuvo mas trascendencia, porque en aquel momento comenzaron á entrar los convidados.

Por mas cuidado que ponía en ver si descubria la nobleza de aquellas gentes, confieso que no noté nada que me diera á entender que perteneciesen á la buena sociedad. Antes bien, todas las señoras que fueron entrando me parecieron un tanto *cursis* (esta es la palabra de moda en Madrid, aunque yo, maldito si acierto á explicarme nunca su significado); y no pude enterarme de los caballeros, por que en tan buena ocasion llegó la criada de antes, (ya mas limpia y aseada), á decirnos á Medina y á mí que su señora nos llamaba. Seguimosla á una especie de comedor, en el centro del cual se ostentaba una gran mesa redonda cubierta con un finísimo mantel, y provista de multitud de servilletas, cuchillos, copas, botellas, etc.

En medio, y sobre una airosa tartera de cobre lucia sus rollizas formas un pavo asado, y á los dos extremos de la mesa, tambien sobre vajilla de cobre, se veian dos descomunales pastelones.

—Qué les parece á Vds? preguntó doña Rufina?

—Perfectamente, señora, contestó Medina. Es un soberbio pavo.

—Pues y los pasteles del haba?

—Cómo, señora! Tenemos *gateau des rois*!

—Vaya! ya lo creo! como que segun dice mi Teresa en todas las casas de los grandes se sacan cuando hay reunion. Y además, Pedro Fernandez....

—Valiente camastron es Pedro Fernandez! Censura en los periódicos que se haya introducido en España la moda del *gateau des rois* y él es el primero que anda incitando á las gentes en particular para que el *gateau des rois* se ponga de moda.

—Calle! con que eso hace? me preguntó doña Rufina. Bueno es saberlo; se lo diré á mi Teresa para que lo ponga de ropa de pascua cuando encuentre por ahí en alguna reunion á ese perillan de Pedro Fernandez. Pero Vds. tomarán alguna copilla antes de entrar á bailar. Han venido ya convidados?

—Sí señora, el salon se iba llenando cuando nosotros hemos salido.

—Ea! pues vámonos; no quiero que me echen de menos.—Servidora, señores y señoras; servidora, dijo al entrar, contestando á los repetidos saludos que la hacian.—Tengo mucho gusto en encontrar



por mi casa tanto bueno; pero Vds. me han de disimular si he estado ausente un rato, porque los criados son el diablo, y no se les puede dejar un momento solos. Vaya, en baile, en baile. Tú, Teresa, ponte al piano.

—Eso no será, señora,—dijo un joven elegante que, según después supe, estaba agrégado á una de las embajadas de esta corte;—el primer vals es de rigor bailarlo con una de la señoras de la casa, y, á menos que V. no me distinga siendo mi pareja....

—Yo, caballero D'Harcot! Ah! ah! La idea es peregrina! Yo no bailo hace veinte años.

—Entonces preciso es convenir en que me concederá este honor la señorita Teresa.

—Bueno, bueno. Como quieran, dijo doña Rufina. Entonces V. Medina, póngase V. al piano.

—Con mucho gusto, señora.

Hízolo así Medina; pero sea que el pianista no fuese muy ducho, ó que el piano estaba desafinado y con algunas cuerdas rotas ó uno y otro á la vez; lo cierto es que los acordes que producían, mas que acordes de un piano parecían desacordes de una cencerada.

Yo ni siquiera quise acercarme al sitio donde se hallaba, y tuve muy buen cuidado de que no se trasluciera que poseía la música.

La descomposicion del piano fué causa de que el baile terminase pronto; no empero tan pronto que no me diese lugar para reirme de la facha que hacían algunas parejas.

Una voz propuso los juegos de prendas.

Santo Dios! murmuré santiguándome tres veces. Yo que creí que estos inocentes juegos habían caducado desde tiempo inmemorial! Quién se apiadará de mí que solo el nombre de juego de prendas me ataca los nervios!

—Vamos, caballero, me dijo doña Rufina; qué hace V. arrinconado? Acérquese V. aquí, al corro, y tome parte en los juegos de prendas que van á empezar. Y esas parejitas, qué hacen por ahí diseminadas?

—Señora, déjenos V., contestó Medina que se hallaba muy entretenido con su Emilia, lo mismo, ni mas menos, que hacían otros individuos de la reunion, quienes se cuidaban de amores mas que de juegos de prendas.

—A qué se juega? preguntó uno.

—A la *Perinola*, contestó soberanamente una jamona.

—No puede ser, replicó Teresa desde su apartado asiento (que tambien pertenecía al número de las *parejitas*). No hay tablero para ese juego.

—Pues entonces—repuso una *damisela*, enjuta de carnes y con aire de marisabidilla;—juguemos á la *Ensaladilla*. Con eso veremos apurar el ingenio á estos caballeros.

—Sea á la *Ensaladilla*—contestó la jamona de antes.

—A V. le parece, señora?—pregunté á doña Rufina.

—A mí sí: como Vds. quieran. Me es igual un juego que otro. El objeto es que Vds. se diviertan.

FEBRERO.

—Pues sea.

—Sea—dijeron muchas voces.

Confieso que yo ignoraba completamente á lo que se reducía el tal juego de la *Ensaladilla*; que, á haberlo sabido con tiempo, aseguro bajo mi palabra que, siquiera por no oír destrozar el idioma de Calderon, me hubiera opuesto con todas mis fuerzas á que se hubiese comenzado. ¡Qué versos oí improvisar, justo cielo! ¡Que no hubiera podido escapar de allí!....

Por fortuna, tampoco se prolongó esta clase de diversion (sin duda era muy molesta para los duros de mollera) y al breve rato pasamos al comedor.

—Santa palabra!—oí suspirar á uno.

Era Medina.

Lo cual me hizo comprender que, aunque muy enamorado de su Emilia, sin duda aquella noche suspiraba con mas verdad por un alon del pavo que por las frases tiernas de cariño.

Mucho debió haber trabajado Doña Rufina para arreglar los preparativos de la colacion; y sin duda ella confiaba en que nada quedaria que hacer. Pero la pobre señora se vió en un grave compromiso así que los convidados se hubieron sentado á la mesa; porque las criadas eran pocas, y además ninguna sabia servir. Gracias á la estremada galantería de los hombres, que se prestaban con gusto á hacer de camareros, pudo lograrse un poco de tranquilidad para el ama de la casa; pero aun así y todo, la pobre señora se desvivía, y solo encontraba consuelo en repetir con frecuencia:

—No se puede, vamos, no se puede hacer carrera de las criadas!

Pobre señora! ¡quién seria el mal consejero que la metía en danzas de tal naturaleza en su casa!

El barullo y el desconcierto que reinaba en aquellas habitaciones no se puede ponderar bastante. La casa de Zapardiel aquella noche parecia una verdadera Babel.

Una vez entró muy alarmada la criada del piso segundo y habló en secreto á doña Rufina. Yo observé que esta tambien se alarmaba al oír el recado, y al poco tiempo desaparecieron varias servilletas, copas, cubiertos y otros enseres.

—Qué será?—pregunté á Medina.

—Poca cosa—contestó—sin duda viene á pedir algun vecino la vagilla que ha prestado para la fiesta.

Los abusos de todas clases y los excesos de mala especie que en la comida y la bebida se permitieron algunos, merecian la mas amarga censura.

Por fin llegó el turno al *gâteau des rois*, y sin duda Teresa tuvo parte en la preparacion de ellos, porque se dió tan buena maña al partírlas, que precisamente, el haba del uno tocó á doña Rufina y la del otro á ella.

¡Laudable rasgo de delicadeza si no lo hubiese dictado el egoismo!

Sí, porque Teresa deseaba celebrar otra reunion en su casa, y de ningun modo comprometia mejor á su madre que haciendo que las dos habas recayesen en personas de la familia.



Convínose, en efecto, por todos, que debiendo pagar doña Rufina un convite para los circunstantes, por haberla tocado la suerte del haba, lo mas sencillo era repetir la fiesta otra noche.

Con lo cual, los convidados se fueron despidiendo.

No sé por qué, Medina se empeñó en que nos quedásemos los últimos.

Malhadada fué la idea!

Apenas habíamos quedado solos Medina y yo con las señoras de la casa, y dos ó tres amigas de confianza de Teresa, entre las cuales se contaba Emilia, entró don Ruperto, marido de doña Rufina; y al ver los sobras de la mesa y el desconcierto que reinaba en los muebles de su habitación, comenzó á dar tan desaforados gritos, que yo juzgué prudente retirarme: mas doña Rufina nos suplicó encarecidamente que no la abandonásemos en aquel trance.

—Es claro—gritaba don Ruperto golpeando las mesas con los puños.—Siempre de jaranilla en cuanto yo me descuido. Y gasto va y gasto viene. En cambio, ¿qué importa que el marido se vea agoviado? Diviértase la señora y bromee la señorita: lo demás no importa nada.

—Ruperto! Ruperto!—gritaba doña Rufina.

—Papá!—esclamaba Teresa.

—Ira de Dios!—continuaba don Ruperto mas y mas exasperado.—Y toda la causa de este despilfarro es la señorita doña Melindres; porque con sus humos de buen tono y sus pretensiones ridículas, quiere imitar las costumbres de sus amigas la condesa de A.... y la marquesa de B.... Yo me tengo la culpa; yo, que no la prohibo de una vez que tenga semejantes amistades; pero le aseguro....

—Ay, mamá! mamá! Oyes lo que dice? A mí me va á dar un mal....

—Ruperto, por Dios! sé prudente; mira que no estamos solos, y que la niña....

—Sí, sí, callaré; pero yo tomaré una pronta resolución para evitar que se repitan semejantes escenas. Señoras y caballeros, dispénsenme Vds. este arrebató.

—Señor de Zapardiel!!!—esclamamos todos en tono lastimero.

Y nos despedimos de la mejor manera que nos fué posible.

.....

Quando estuvimos en la calle me dijo Medina:

—Siento mucho que hayas presenciado este desenlace desagradable. Por lo demás, la reunion....

—Sí—le interrumpí—no parece del siglo de las luces; pero, en fin, te prometo que la tendré presente para no caer otra vez en tentación.

PEDRO MANUEL DE MOROY.

## CON MAL Ó CON BIEN A LOS TUYOS TE TÊN.

(CONTINUACION.)

Servando, que fué muy pequeño á Inglaterra, nunca habia visto los toros; tenia inculcadas las ideas que infunde la educacion en los países extranjeros sobre la indisculpable inhumanidad que hay en maltratar y hacer padecer á los pobres animales, puesto que no hay sana razon que pueda admitir que los crease el Dios de bondad solo para sufrir y ser víctima del hombre. Sabia que en la ilustrada Inglaterra; en aquellas cámaras formadas de los hombres mas notables del reino, que van á ellas por interés al país y no por el propio; sabia, decimos, que aquella asamblea de hombres superiores no se habia desdénado de discutir esta materia, formando benéficas leyes que ponen cotó al bárbaro abuso del hombre sobre los pobres animales, que padecen el dolor físico y sienten la angustia moral, sin un amparo, sin un consuelo, sin una compensación! ¿Qué es, Dios mio, toda la cultura del entendimiento sin la del corazón? ¡Un brillante sol sin calor, una linda flor sin perfume, una bella voz sin modulaciones, un hermoso rostro sin lágrimas y sin sonrisas!

Así fué que, aunque no era Servando, por cierto, una persona de sentimientos delicados y tiernos, ni tenia uno de esos corazones fervientes de caridad y henchidos de compasion, que pasan por este mundo cruel como las ovejas por entre los abrojos, dejando, cual ellas copos de su suave vellón, lágrimas de lástima en cada espina; aunque no tenia sino las mas sencillas y cotidianas ideas sobre humanidad y cultura, al ver salir á la acosada fiera, y arrojarse sobre el primer indefenso caballo que, dócil al hombre, aguardaba á pié firme la espantosa embestida; al ver al toro destrozar sus entrañas; al ver al jinete en peligro de muerte, y que este atroz espectáculo era saludado por una algazara general, sintió todo su ser sublevarse, y se preguntó si estaba en una diversion ó en una carnicería. Hasta su físico se resintió al ver por el suelo enrojecido de caliente sangre las entrañas de un animal, aun vivo en la doble agonía de la muerte y del espanto; palideció y se levantó.

—¿Estais malo? preguntó uno de sus vecinos.

Servando contestó afirmativamente, y se salió.

Alejóse de la plaza, entrando en el pueblo por aquellas calles, poco ha tan bulliciosas y animadas, ahora silenciosas y desiertas. Este silencio y soledad le hicieron bien al alma, cual lo hace un baño tibio á un cuerpo molido y cansado. Siguiendo rectamente la primera calle que se le presentó, que era la de Santa Lucía, se halló en la plaza de la Iglesia Mayor.

Pesaba ésta grave y tránquila sobre sus gradas de piedra, como sobre un pedestal. Su vista causó al disipado jóven un inesplicable sentimiento de bienestar moral. Nunca está el ánimo tan ansioso



por sensaciones suaves y mas dispuesto á gozarlas, como cuando ha sido conmovido por sacudimientos fuertes. Servando se sintió irresistiblemente impulsado á entrar en aquel lugar, cual el fatigado nadador á descansar sobre una firme peña, alrededor de la cual se agitan las olas del mar en su incesante movimiento. El templo estaba en aquella hora desierto; algunas lámparas ardian tranquilas ante las aras, cual vigilantes guardianes de aquellos lugares, derramando una suave y melancólica luz, semejante á la de la luna, sobre los altares á que daban culto. En aquel silencio dulcemente solemne ni aun sus propios pasos oia. Servando: ¡tal era el instintivo respeto con que pasaba, cual una pequeña sombra, bajo aquellas angustas y elevadas bóvedas! Así dió la vuelta al coro, y, siguiendo la fila de capillas, que separan de las naves grandiosas verjas de hierro, llegó á la última, que está al frente y es colateral al presbiterio. Venérase en ella la santa Imágen de María Santísima de los Milagros, patrona del Puerto, que lleva su nombre (1).

La reja estaba abierta, y así pudo entrar Servando en aquel hermoso santuario, asombro de dignidad y riqueza, como los labra y solemniza el culto católico en España.

Cuando estuvo en él, notó que no estaba solo. Ante el altar de la Señora habia una mujer arrodillada, que con los brazos en cruz y el rostro alzado hacía la Imágen, oraba como oran los que oprime el dolor ó ahoga la angustia. Servando se paró. A pesar de ser un hombre de los mas adocenados, sentia, por el concurso de estrañas y conmovientes circunstancias, elevarse su espíritu á la contemplacion. — ¡Qué contraste! pensó: esta llora y reza; aquellos se solazan con horrores, y rien! ¿Cuál es, pues, el estado mas perfecto? ¿No será el del dolor, que atrae á la criatura á los pies del Criador? ¿No son quizás un don de atraccion las lágrimas, si hacen levantar los ojos que bañan, al cielo?

Tales escenas como la que hemos descrito, se deberían presentar al hombre disipado, para hacerle pensar. Pues hay muchos que pasan su vida en una continua actividad mezquina y estéril, sin caer en que el hombre debe pararse alguna vez y, separando su mente del círculo estrecho de intereses mundanos, elevarla á mas altas esferas: esferas en que todos concordariamos, y en las que se realizaria el bello ideal de igualdad y convergencia, si todos de buena fé nos esforzáramos para alcanzarlas.

(1) El castillo del Puerto de Santa María, que pertenece á los duques de Medinaceli, á pesar de estar poco cuidado, se conserva perfectamente. Es antiquísimo, pues fué fundado por Mnesteo, príncipe ateniense. En 1264 expulsó el rey D. Alonso el Sabio á los moros que le ocupaban; y en la torre primitiva, que aun existe, aunque reconstruido y agrandado el castillo por los moros, se halló oculta la santa Imágen, que escondieron allí los cristianos anteriores á la invasion; por lo que dió el rey á la población el nombre de la Señora.

De cuando en cuando, algun nuevo lance de horror suscitaba en el circo una de esas inmensas griterías, de las que en otros países no se tiene ni aun remota idea; la que con golpes, palmadas y silbidos forma ese aturdidor conjunto, estraño y anómalo, que es á un tiempo lúgubre y triunfal, asombrado y delirante, desatinado y lógico, divergente y compacto, compasivo é inhumano, aterrador é incitativo!

Servando notó que cada vez que bramaba esta tempestad de humanas voces llegando en su ímpetu á aquel augusto santuario, ante el cual hay una valla que respetan el ruido y el movimiento del mundo, aquella mujer arrodillada se estremecía, y un acongojado gemido brotaba de su pecho.

Silenciosa y lentamente avanzó algunos pasos, arrimado siempre á la pared, hasta que pudo distinguir el rostro, que solo miraba á la Virgen. Era una jóven de correcto perfil griego, con ojos árabes; tipo que se halla con frecuencia entre las mujeres del pueblo andaluz; flores preciosas y delicadas, y que por lo mismo, se ajan al primer contacto de la vida, sin el concurso de los años.

En sus grandes ojos pardos brillaban lágrimas, que corrian por sus mejillas aprisa, como corren las lágrimas cuando son muchas.

Al verla tan bella debió redoblarse en el jóven que la observaba, el interés que le habia inspirado. La hermosura es un gran favor de la naturaleza, que espense á sus predilectas; á unas para su bien, á otras para su mal!

Oyóse entonces en el silencio el ruido que producian las ruedas de una calesa, que en lenta vuelta tocaban contra las chinias del empedrado. Apenas llegó este ruido á los oidos de la arrodillada jóven, cuando se levantó con desatiento, y con rápido paso, atravesando las naves de la iglesia, se dirigió á la salida. Servando, sorprendido de aquel brusco arranque, siguió á la jóven, y se halló casi á la par de ella en las gradas de la colegial. Hallábase en este momento la calesa en medio de la plaza; llevaba el caletero el caballo del diestro; en la calesa estaba sentado un picador; su cabeza estaba caída sobre el hombro; sus brazos pendian inertes á sus costados; su chupa de tisú de plata y sus calzones de ante estaban enrojecidos de sangre; una mortal palidez cubria su rostro.

El criterio se oia en la plaza mas vivaz, mas animado, mas atronador que nunca.

¡Qué! ¡tan poco vale la vida de un hombre! respondió mentalmente Servando á aquellas alegres y exaltadas aclamaciones; mientras que á su lado resonó el grito mas destrozador que puede lanzar pecho humano con la voz: ¡Padre!!! y la jóven se precipitó hácia el carruaje, que apenas pudo el caletero parar á tiempo para que no fuese atropellada aquella infeliz, ciega y desatentada de dolor.

— ¡Dios nos asista! ¡es su hija! dijo el caletero conmovido por ese profundo respeto y alta consideracion que siente y demuestra el pueblo al tierro y santo amor á los padres.

— ¿Está muerto? preguntó Servando, que habia seguido á la jóven.



El interrogado hizo un gesto que significaba que si no estaba muerto, en breve lo estaría.

—¿Dónde le llevais? tornó á preguntar Servando.

—Al hospital, contestó el caletero.

—No, dijo Servando; llevadle á una posada.

Y subiendo á la calesa á la infeliz hija, que estrechaba en convulso abrazo las rodillas de su padre, la sentó al lado de éste, que yacía sin sentido, y marchando junto al funesto carruaje, atravesaron las desiertas calles hasta llegar á una posada. En ella hizo Servando preparar un lecho al herido; mandó á varios emisarios en busca de un hábil facultativo, y, ayudado por los criados, subió y acostó en el lecho al infeliz moribundo.

A pesar de que ninguna esperanza dieron los cirujanos, todos los medios de curacion y de alivio fueron practicados por disposicion y bajo la inspeccion de Servando, en vista de que el herido permanecía en un completo letargo, y su hija fuera de sí de dolor.

Antes de proseguir, referiremos lo acaecido en la plaza al infeliz picador (1).

El tercer toro estaba inmóvil en medio de la plaza, en su reconcentrada ira. Veía pasar ante él á los chulos desplegando sus capas de visuales colores, como pájaros de diversos plumajes, sin hacer mas que seguir á esos mezquinos y temerosos provocadores con una despreciativa mirada, clavando en seguida su negra y ardiente pupila en los ginetes, fuertes campeones que, con su lanza en ristre, se le presentaban como adversarios mas dignos de sus poderosos brios, y aguardando, como un hábil táctico y prevenido veterano, el ataque, en que no se le pudiese escapar el enemigo.

Los picadores, que conocían el inminente peligro, aguardaban á su vez que los chulos trajesen á la fiera á la cercanía de un lugar de refugio en la inevitable catástrofe.

El caballo en que estaba montado el padre de Regla, se bamboleaba bajo el peso de su pesada carga, puesto que el miserable ser era de aquellos que se denominan en los *compte-rendus* de estas

(1) Todo lo que vamos á referir, es la mas exacta verdad. El lugar y fecha en que esto pasó, no es del caso; pero escenas análogas se han visto en la mayor parte de las plazas de toros que en todas partes se han ido construyendo en estos tiempos ilustrados y regeneradores, á medida que se han derrumbado iglesias! Y no se han construido solo en España, á la que por tanto tiempo ha servido de baldon su afición á los toros. Existe en Nimes un circo romano que sirvió á las bárbaras luchas de fieras, que tenía aquel pueblo fuerte, tosco, guerrero y primitivo. Sirvió después para ver despedazar por dichas fieras carnívoras á los primeros Santos y sublimes convertidos. Lució la gran antorcha del cristianismo, y aquel pagano circo quedó anatematizado y sumido en su sangriento polvo. ¿Es creible que sea el puritano, el filántropo, el humanitario y fátuo siglo XIX el que, después de diez ocho siglos, rehabilite aquel teatro de horrores y de luchas sangrientas que cerró la civilizacion cristiana? Mal hacen los franceses en dar pábulo y estímulo á los instintos sanguinarios de su pueblo.

cultas fiestas jamelgos, mosquitos, arañas, esqueletos y otros burlones y despreciativos epítetos, sin que jamás les preceda el epíteto de *pobres*, que demostrase hay compasion en los corazones, como en un día de borrasca, tal cual rayo de luz entre los nubarrones, prueba que hay sol en el cielo.

Este estado de inaccion, tranquilo y siniestro preludio del espantoso drama, se prolongaba. El público ansiaba por el escitante y ameno desenlace, y cuantos insultos contiene el soez repertorio de groseros improperios y denuestos, eran lanzados por este público á los infelices picadores, hombres valientes si los hay, y pundonorosos en su oficio de toreros, tanto como el valiente militar en su carrera de las armas.

—¡A él, cobarde; á él! ¿Para qué te metes á picador, si te pega mejor la rueca que la garrocha?

—Bien se deja ver que no es el toro una caña de vino; que no te vas á él.

Estos apóstrofes y otros que no son para estamparlos nuestra pluma, ni para presentarlos á nuestros lectores, lanzaba el público á los picadores, como clavaban los chulillos las banderillas á los toros para desatinarlos.

La algazara se hacia estrepitosa, y la autoridad, olvidando su mision, y abusando de sus poderes, mandó al padre de Regla que fuese á picar al toro.

Es sabido que en esta suerte, el toro debe ser el que tome la iniciativa, si ha de quedar en la lucha un medio de salvacion á su contrario. El picador, con todo el derecho que le prestaban las leyes establecidas, protestó. Entonces el bárbaro instrumento de la cruel autoridad y del inhumano público, descargó un palo sobre las ancas del caballo, que asustado ya por aquella vocinglería infernal, abierta y ensangrentada la boca por el freno con que le sujetaba su ginete, y con los ojos vendados, partió desatinado y sin direccion, y se echó encima de la fiera, cayendo traspasado el pecho por sus astas, y arrojando al picador sobre el lomo del toro, de donde rodó á sus pies. Este bajó la cabeza, introdujo su asta por la íngle de su enemigo, y levantándole en alto, le presentó al público como un ligero trofeo, y como diciéndole:—¿Estais contentos? ¿Os he divertido? ¿Me perdonareis la vida por esta hazaña, con el fin de que propague mi casta para vuestro solaz?—Después, como si le incomodase aquel colgajo, sacudió la cabeza; pero gravitando el picador con todo su peso sobre el asta, se le habia esta introducido en el cuerpo hasta atravesarle y salir por la espalda, y siendo el asta curva, no lo despidió; así fué que permaneció el infeliz vivo en su cadalso. El toro entonces volvió á sacudir la cabeza, como para ensanchar la herida; después, bajándola y alzándola con violencia, lanzó á gran distancia á su víctima, que cayó en el suelo boca abajo como un costal de arena. Aquel hombre enérgico se levantó erguido; su lívido rostro estaba cubierto de sangre que vertía una herida que al caer recibió en la frente; alzó un brazo con el que señaló á la autoridad y al público, como citándoles ante el juicio de Dios; llevó la otra á la enorme herida, de la que á borbotones se precipitaba la san-



gre, y cayó al suelo para no volver á levantarse mas!

Algunas voces de las gentes del pueblo se alzaron indignadas. En los demás, aquel homicidio, aquella atroz agonía, aquella solemne acusación y protesta de un moribundo, aquella terrificante responsabilidad ante Dios y la humanidad, todo aquel conjunto de asombrosos horrores pasó como un incidente; la fiesta siguió con la misma animación y el mismo regocijo. ¡Y os lavareis las manos diciendo que el torero se presenta voluntariamente! ¡No, no! que no se adormezca la conciencia con ese subterfugio! ¡No! Si no pagáseis con vuestro oro, si no animáseis con vuestros embriagadores aplausos á esos hombres, no habría toreros. ¿Decís que sois diez mil? ¡Inválida disculpa! Puesto que la sangre de un hombre se compone de bastantes gotas, para que haya una que manche cada una de las monedas que habeis dado para costear ese sacrificio humano, y la culpa de la muerte de un hombre es tal, que aun repartida en diez mil partes, basta la que os quepa, para que en su día os diga el gran juez: "Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?"

Esta es la ocasión perentoria de hacer una digresión. El autor tiene todo derecho para hacer cuantas quiera, así como el lector tiene el de no leerlas. El romanticismo, que define Víctor Hugo diciendo que es la libertad en literatura, nos da derecho á hacer digresiones, así como se lo ha dado á Karr, tan querido del público, y á otros que llaman novelas á un conjunto de digresiones diversas, y que á veces no tienen la mas mínima relación con el fondo ni con la idea del asunto primordial, ni aun giran sobre puntos de interés ni de crítica. Empero la digresión que vamos á hacer es de un interés grande, trascendental, y tiene la mas patente actualidad.

(Se continuará.)

## TEATRO DEL BALON.

LA CAMPANA DE LA ALMUDAINA.—*Drama en tres actos y en verso, original de D. José Palou y Coll.*

Grande fué el éxito alcanzado por esta producción en uno de los teatros de la corte, grande su fama en las provincias, y no menores los encomios que habia tributado la prensa á este que, segun tenemos entendido, es el primer ensayo de un joven cuyo nombre hasta hace poco no habia sonado en la república de las letras. Nuestra ánsia por ver en escena esta obra se hallaba plenamente justificada por sus antecedentes, y despues de haber logrado nuestro anhelo confesamos con gusto que en nuestra humilde opinion aquellos aplausos, aquella fama, aquellos encomios, son justos, son merecidos.

Como las obras escritas para la escena creemos que es en la escena donde se las debe juzgar, por

eso no habiamos leído el drama. Quizá esta circunstancia nos haga incurrir en alguna inexactitud, pero de seguro no será tal que pueda modificar de un modo notable la grata impresión que en nosotros hizo; y eso que si bien no llevábamos al oír la ninguna prevención adversa, los multiplicados chascos que nos han dado los pandillages literarios nos han hecho sobrado cautos para que confiemos ciegamente en alabanzas de periódicos.

Entremos pues en materia.

Vamos á ser francos y explícitos. Nuestra opinion es que el drama moderno de buen corte no se habia aclimatado aun entre nosotros, y haciendo justicia á algunos felices esfuerzos aislados, el hecho es que no tenia, que no tiene el teatro español un repertorio presentable siquiera en dicho género. Su principal rémora ha sido lo que parece hubiera debido enaltecerlo, la versificación. A ella se ha sacrificado el argumento, ella ha ahogado la acción, ella ha sustituido la gala de la frase al interés de las situaciones; en suma, lo accesorio ha matado á lo esencial. De aquí la languidez con que se arrastran por lo comun, dándonos por muy bien servidos cuando tal ó cual pensamiento feliz, envuelto en bellas formas, viene á galvanizar una escena, que en rigor está muerta, porque el cuerpo de que hace parte no tiene vida, no tiene movimiento propio.

En mas ó en menos esto es lo que acontece á la gran mayoría de nuestros modernos dramas. Hay una escena ó dos de arranque, de vigor, de empuje, y eso los salva; pero al drama nunca le ha de bastar eso: en él el interés, que es la primera condicion de su existencia, ha de sacarse de las situaciones. El secreto del poeta está en que ellas sean justificadas, verosímiles, y oportunamente traídas.

Refirámonos ya á la campana de la Almudaina.

Doña Constanza, viuda del infortunado Jaime III de Mallorca, burlaba oculta en una alquería de las inmediaciones de Palma, las pesquisas que para hallarla hacia D. Gilabert de Centellas, gobernador de aquella isla por el rey de Aragon D. Pedro el Ceremonioso, mientras su hijo D. Jaime, por orden del mismo rey D. Pedro, se hallaba preso en Barcelona, á fin de impedir tratase de hacer valer sus derechos á la sucesión del reino de su padre.

Desconocida de todos como reina, la viuda se consagraba al bien de sus vecinos, y en su consecuencia habia recogido y criado á Isabel, joven á quien muy niña aun se encontró abandonada entre las ruinas de una habitación sita en medio de los campos.

Aquí empieza la acción. Centellas, herido por ignorada mano y conducido á la alquería, se hallaba ya curado de su herida, merced á los asiduos é inteligentes cuidados de Doña Constanza, cuyo nombre y título aquel ignoraba, y que mas asistió entonces á su huésped como á hermano tierno que como á encarnizado enemigo. Véase, pues, con cuanta habilidad prepara el autor la lucha que mas tarde ha de surgir en el corazón de



Centellas, obligado á optar entre el deber del vasallo y la gratitud del caballero.

Entre tanto D. Jaime, con ayuda de la numerosa parcialidad que apoya sus derechos al trono de Mallorca, logra evadirse de su prision, y merced á un disfraz se introduce en la alquería de Doña Constanza. Reconocido por algunas imprudentes palabras, urge ponerlo en salvo. La madre lo confía á la probada fidelidad de un esclavo, y un toque de bocina debe anunciarle su salvación. Centellas envía para alcanzarlo á algunos de los suyos, y otro toque de bocina es la señal de haber sido preso. En esta ansiedad la bocina suena y entrambos se regocijan. El interés del público queda suspenso. Ha concluido el primer acto.

Antes de pasar adelante importa mencionar una circunstancia esencialísima. Centellas, en medio de las expansiones de su hospedaje, ha narrado á Doña Constanza las vicisitudes de su vida. Fué esposo y padre. Perdió á su consorte, y su hija única de edad muy tierna había desaparecido también á consecuencia de los desastres de la guerra. La casa en que la tenía oculta fué saqueada y destruida: su cadáver no fué hallado: tal vez se salvó y tal vez vive; pero todas sus pesquisas han sido vanas.

Ya veremos muy luego el gran partido que el poeta ha sabido sacar de esta circunstancia.

El acto segundo se supone tener lugar en una sala del palacio del gobernador. En ella hay una escalera estrecha que conduce á la torre, desde la cual hasta aquel aposento pende la cuerda de una campana.

Un mensajero del rey D. Pedro llega en aquel punto. Trae un pliego para el gobernador en que le previene que Doña Constanza se halla oculta en Mallorca, ordenándole proceda á su prision y dé muerte á D. Jaime, una vez que en su poder esté. El mensajero es portador además de otro pliego secreto para Beltran Roig, traidor un tiempo al anterior rey de aquellas islas, y hoy envidioso de las honras que merece Centellas. Prescríbesele en él que espíe á este, y que si nota en su ánimo alguna tibieza, lo mate. Este encargo indigna á Beltran, y desde aquel momento conspira con los parciales de D. Jaime, á la cabeza de los cuales está el valiente caballero D. Pedro de Tornamira.

Pero la bocina había anunciado la verdad para el gobernador. D. Jaime había sido preso, y los suyos sublevan al pueblo para salvarlo. Doña Constanza es madre, y en su ardor por salvar á su hijo descubre su secreto. Centellas vacila. En tanto la sublevación estalla amenazante, caen sus soldados, el palacio va á ser invadido, la reina anima desde el balcón al furioso pueblo. Entonces el gobernador, recobrando su fiera energía, ase de la cuerda y previene á la madre que á la primera campanada caerá la cabeza de su hijo en virtud de las órdenes que tiene dadas. La reina tiembla de espanto y de zozobra, la gritería crece; pero en aquel momento un retrato que adorna la estancia, y algunas palabras de Centellas, le hacen conocer que la hija de este no es otra que Isabel, que la huérfana educada por ella, y á la que descubre desde el balcón entre la turba. Este es un rayo

de luz para la angustiada madre. Desde allí con voz de trueno manda á Tornamira que se apodere de la jóven y que la mate sin piedad si oye sonar la fatal campana. Sangre por sangre; hijo por hijo. Centellas comprende todo el horror de su situación y se aterra. Los sublevados fuerzan las puertas; pero Doña Constanza no tiene valor para vengarse á tanta costa, y ordena á los suyos que se retiren.

Muy difícil fuera dar al acto que sigue el vivísimo, el inmenso interés que al anterior. Así es que el autor no lo ha conseguido; pero tampoco lo ha dejado descaecer hasta el punto de hacerlo pálido. La retirada del pueblo no había sido mas que una tregua; la conjuración continuaba pujante; mas le era preciso salvar á D. Jaime por medios mas de astucia que de violencia. Este era el mejor terreno para Beltran Roig, el cual resuelto á todo, confía á Tornamira el secreto papel del rey para que justifique en cualquier caso su defección. Trabájase con buenas esperanzas, pero Centellas llega, y Beltran se guarece en la torre. De improviso vuelven á oírse los gritos de guerra; el gobernador vacila de nuevo; ase otra vez convulso la terrible cuerda. Las súplicas, los anatemas de Doña Constanza que pide por su hijo y maldice al parricida no lo vencen. Pálido y desencajada la faz, tira con fuerza salvaje; pero la campasa no vibra: sus manos solo oprimen un trozo de aquella cuerda que cae rota. Entonces al verse vendido se precipita hácia la escalera, de donde baja con el puñal teñido en la sangre de Beltran.

Durante este tiempo D. Jaime, ya libre, ha penetrado en su palacio á la cabeza de los que le aclaman por rey. Con ellos viene Isabel, la hija idolatrada de aquel á quien el deber puso á punto de trocarse en su verdugo. Pero si se regocija el padre, gime el súbdito leal. Quiere partir á Aragon para someterse al justo castigo que su rey le imponga; mas Tornamira le muestra el mensaje secreto dirigido á Beltran, y Centellas al verse sospechado por su soberano, se cree desligado de sus juramentos y sin mancha en su honor.

Por esta reseña se comprenderá todo el interés que el drama inspira. No diremos que la obra sea intachable, pero sus escasas faltas no pueden deslustrar su gran valor. Escrita en muy buenos versos, y que sin embargo nada tienen de pretenciosos, se conoce que el poeta ha tenido la rara cordura de no considerarlos sino como el vestido, y jamás ha subordinado á ellos las situaciones ni la marcha de la acción. El Sr. Palou se ha mostrado, por tanto, en su producción primera, un autor dramático distinguidísimo. Por ello nos felicitamos á fuer de amantes de las españolas letras.

La ejecución ha sido bastante esmerada, y el Sr. Rodes, bien así como su señora hermana, nos complacieron en ella.

No hay que decir que la obra ha sido muy aplaudida. Creemos que la esperan nuevos aplausos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.





BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID





JANUARI 1860

Gilquin et Dupuis Imp. r. de la Colandre 19. Paris

Planche 1.

La Moda  
Ayuntamiento de Madrid  
Revista Medica



¿Cuán  
moda?  
hace le  
su casa  
parisien  
de sus  
novacio  
das. Ve  
tomado  
Ya r  
de calle  
Hác  
ños de  
servan  
Hay r  
engrue  
da, po  
cion.  
Mm  
se situ  
cando  
Est  
y la e  
to de  
Tan  
trage  
Pon  
de mo  
Los  
tan li  
Se  
dilla.  
Un  
consti  
visto;  
sado.  
La  
emba  
rencia  
están  
confi  
Lo  
cidas  
ya  
Lo  
agra  
nuev  
La  
ges c  
Lo  
los d  
ños a  
Nad  
equi  
Se  
blan  
H  
en e  
nado  
E



## MODAS DE PARÍS.

¿Cuáles son en este momento los caprichos de la moda? Voy á decíroslo segun una autoridad que hace ley en la materia: Mme. Alejandra Ghys. En su casa es donde gran número de nuestras bellas parisienses van á buscar la elegancia y la gracia; de sus talleres de costura es de donde salen las innovaciones á la vez mas coquetas y mas distinguidas. Veamos pues las indicaciones que yo allí he tomado.

Ya no se hacen dobles enaguas para los trages de calle: solo se adoptan para los de baile ó soiré.

Hácese igualmente corpiños de punta y corpiños de talle redondo; pero estos últimos solo se reservan para trages de media gala y aun menos. Hay razon para ello: el corpiño de cintura redonda engruesa el talle, mientras que el otro lo alarga y le da, por consiguiente, mucha mas gracia y distincion.

Mme. Ghys desecha del todo los montantes que se situaban á uno y otro lado de los trages, colocando los adornos sobre el delantero de la enagua.

Estos adornos se componen, segun su capricho y la especie de tela, de alamares, bordados en punto de Hungría, plegados, terciopelos, &c.

Tambien guarnece frecuentemente la orla del trage en redondo con tiras lisas.

Por eso las tiras de terciopelo al sesgo son muy de moda.

Los volantes continúan para los trages de tafetan liso. Siguen haciéndose pequeños.

Se puede, si se quiere, no hacerlos subir de la rodilla. Algunas veces llegan hasta el mismo talle.

Un volante sobre un trage de moaré antique constituye realmente una innovacion. Alguno he visto; pero debo decir que me parece un poco pesado.

Las mangas se fabrican de todas hechuras; sin embargo, las anchas y abiertas obtienen la preferencia para trages de vestir. Las mangas llanas están esclusivamente consagradas para equipos de confianza.

Lo propio sucede con las mangas plegadas ó fruncidas por arriba, anchas, pero cerradas por abajo, ya por un puño ó ya por una vuelta.

Los corpiños montantes en forma de chal no agradan, y en vano se ha querido ponerlos de nuevo en favor.

Las telas empleadas de preferencia para los trages de baile son el tul y la tarlatana.

Los trages de tul se hacen de dos ó tres faldas; los de tarlatana se guarnecen con volantes pequeños á la Pompadour. Esto es fresco y vaporoso. Nada hay que convenga mejor á este género de equipo.

Se vuelven á usar los rasos lisos, sobre todo blancos.

Hé aquí la descripcion de un trage que figuraba en el baile de la corte, y que habia sido confeccionado por Mme. Alejandra Ghys.

En la orla de la enagua un buche de tul.

Despues una tira de terciopelo ricamente bordada de oro y guarneida de blonda blanca; en seguida otro buche de tul.

Partiendo del talle, cuatro anchos montantes de terciopelo, bordados como la anterior tira, que bajaban hasta la altura de una doble falda, y terminados por una franja de felpilla negra y oro, de diez centímetros de ancho.

Cinturon de terciopelo bordado de oro formando punta.

Corpiño llano, rodeado por una tira de terciopelo negro igual á las otras, pero mas estrecha.

Pequeñas enaguas huecas.

Por prendido, una diadema de terciopelo negro bordado de oro, y á la izquierda un ramo de plumas blancas.

Este equipo ciertamente presentaba originalidad, pero tambien gran distincion.

Al lado de este trage vi un magnífico manto de corte en moaré antique *Ofelia*, orlado de tiras de moaré blanco, y adornado con borlas de tul-blonda.

El nuevo color llamado *Ofelia* es encantador. Está entre los de malva y flor de melocoton.

Los trages de suaré se hacen de ricas telas recamadas, chinés, y en moaré antique rayado.

Entre las telas para trages de calle, hay tafetanes negros sembrados de ramos de colores. Esto no produce buen efecto, y de lejos se tomarian los ramos por manchas. No aconsejamos estas telas.

Los moares antiques de rayado menudo son mil veces mas lindos.

Para trages de confianza se usan las telas de lana.

Mme. Alexandrine ha creado, para suaré, deliciosos prendidos.

Compónense de flores que rodean el atado del cabello, ó bien de encage de oro, de terciopelo y de plumas.

—Hay tambien el prendido *napolitano*, retenidos por largas agujas con bolas de oro, y que forma un cuadrado por delante, estendiéndose en forma de velo sobre la espalda y hombros.

El prendido *odalisca*, redécilla de oro ó de cuentas ya blancas ó ya de coral, y adornado por bellotas argelinas.

El prendido *Pompadour*. Esto es con capullos de rosas, blonda y cintas.

Las joyas, por mucho tiempo abandonadas, se llevan hoy en cantidad. Se ven en los bailes brillantes aderezos. Las señoras se colocan hasta tres brazaletes en un brazo. Las jóvenes solteras escogen por lo comun cuentas blancas ó de capricho, ó bien corales. Ellas necesitan la sencillez, y no les estarian bien aderezos de piedras finas.

Las chaquetas *Zuavas*, ya de paño con esterilla de seda, ya de terciopelo con bordado de oro, tienen un éxito mayor cada dia. Las últimas especialmente sobre una enagua de seda son bellísimas como complemento de un trage de casa.

Debajo se lleva un lindo corpiño de muselina, con buches atravesados por cintas de color.

MME. JULIETTE LORMEAU.



## ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el presente número repartimos á nuestros suscritores la primera de las láminas grabadas en acero que, en cumplimiento de lo ofrecido en el programa del corriente año, deberán tener su lugar oportuno en la colección de *La Moda*.

Basta al ver la que hoy se distribuye para que se comprenda que no anduvimos exajerados en su encomio al asegurar que constituirían una importantísima mejora en la parte material de nuestra publicación. Como obra del arte apelamos al ilustrado juicio de los artistas; como graciosa y característica concepción apelamos al gusto de todos. Aquel memorialista de portal, en el ejercicio de sus arduas funciones, y recibiendo una confianza que se revela doblemente, ya por la posición misteriosa y hasta solemne de su mano izquierda, ya por la faz semi-ruborosa y por el juego del abanico de su interlocutora, constituyen un grupo admirable por la verdad en el pensamiento, no menos que por la maestría en la ejecución. El otro grupo de figuras que se vé á la izquierda del cuadro, bien así como el lugar de la escena y la calle que en el último término se pierde, son accesorios dignos por todos conceptos de la acción principal. No tememos, por tanto, al ofrecer la obra en cuestión á nuestros constantes favorecedores, que se crean estos defraudados en las esperanzas que pudieron concebir. El que esperaba excelentes láminas, verá en efecto que láminas excelentes le damos.

Las preparadas para las entregas sucesivas, podemos asegurar que no valen menos que la presente. Descansen pues los Sres. suscritores en esta garantía, que damos bajo la fé de personas de reconocida competencia artística.

El figurin que repartimos con este número no lleva esplicacion por ser de trages, y en atención á que nuestras amables suscritoras usarán de los colores y telas que mas se adapten á sus gustos y caprichos.

La esplicacion de la hoja de patrones la hallarán nuestros suscritores en el respaldo de la cubierta.

**SUMARIO.** = *Un nido de palomas*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco. = *Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta. = *Escenas de mi vida*. Artículo segundo, por D. A. Ribot y Fontseré. = *Revista de la Habana*, por D. Julio Rosas. = *La Mujer*, por D. Julio Rosas. = *Las hijas del Cid*. Canto heroico, por D. Juan

*Miguel de Arrambide*, conclusion. = *Revista de Madrid*, por D. Pedro Manuel de Moroy. = *Con mal ó con bien á los tuyos te tén*, por Fernan Caballero, continuacion. = *Teatro del Balon*, por D. Francisco Flores Arenas. = *Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau. = *Advertencia importante*. = *Gero-glífico*.

**LAMINAS.** = *Grabado en acero*. = *Figurin de trajes*. = *Dibujo de tapicería en colores*. = *Hoja doble de patrones y bordados*. = *Música*.

## SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

*La fiera parca ni respeta los dorados techos ni las miserables cabañas.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.

